

PODER ABSOLUTO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUIST
DEL ESPACI

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

349 — *Viaje hacia el horror* — Kelltom McIntire

350 — *Viento del infierno* — Ray Lester

351 — *Los terrícolas* — Marcus Sidéreo

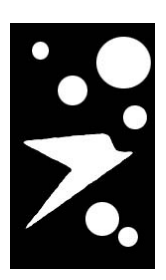
352 — *Mundo aislado* — A. Thorkent

353 — *Preludio para el apocalipsis* — Kelltom McIntire

GLENN PARRISH

PODER ABSOLUTO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 354
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 11.880 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1. º edición: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer salió corriendo del bosque y se arrodilló junto al arroyo, para beber agua en el hueco de las manos, ignorando que unos ojos la contemplaban en aquellos instantes. Después de saciar su sed, ella se irguió y miró aprensivamente a su alrededor.

Era muy alta y sumamente esbelta, de pelo largo, claro y suelto sobre los desnudos hombros, cuyo color contrastaba con el tono canela intenso de su epidermis, de la que se veía la mayor parte, a causa de la sucinta indumentaria que usaba: una banda de tela en torno al pecho, de firmes contornos, y otra alrededor de las sólidas caderas. Las piernas eran largas, torneadas, musculosas, pero sin la sensación antiestética de unos miembros excesivamente desarrollados por unos incesantes ejercicios gimnásticos.

Los ojos, también en contraste con el color de su piel, eran asimismo muy claros. A veces parecía que no tuviera pupilas. Ello le confería un extraordinario atractivo exótico, a pesar de que su rostro no pudiera calibrarse de clásicamente bello. Pero la esbeltez de su figura y la perfecta armonía de líneas de sus miembros, compensaba sobradamente cualquier otro defecto físico.

De pronto, se quitó la banda de tela que ceñía sus hermosos senos. Una voz bajó en el acto de las alturas:

—¡Cúbrase! ¡No se bañe!

Ella, asustada, se tapó el pecho de nuevo y miró hacia el árbol donde estaba el hombre que había dado la orden.

—¿Quién es usted?

Alguien se descolgó del árbol. Ella contempló al hombre, vestido solamente con una blusa y pantalones cortos, de ojos oscuros y pelo negro, que había aparecido tan repentinamente en aquel lugar.

—Suba al árbol. Estoy oliendo a los sabuesos de Jan Fowker.

La joven titubeó un momento. Una mano la empujó hacia el árbol.

—Suba, rápido, no pierda tiempo —insistió él.

Asombrada, la joven obedeció, mientras el hombre se inclinaba y, tras arrancar algunas hierbas, frotaba los puntos donde habían estado los pies de ambos. Frotó igualmente el tronco y, finalmente, pulverizó parte de aquella hierba por medio de la fricción de ambas manos.

Momentos después, se hallaba entre las ramas.

—A pesar de todo, debemos subir más arriba —dijo—. Por cierto, me llamo Shadko.

—Helga Vrandl —se presentó ella.

—Evadida, supongo.

—Como usted.

Subieron a veinte metros de altura y se detuvieron, sentándose en una rama tan gruesa como el cuerpo de un hombre.

—Antes dijo que olía a los sabuesos...

—Los canes hexápodos de Rwador son mejores que el mejor perro de la Tierra, pero un olfato medianamente entrenado los puede detectar a mil metros de distancia —explicó él—. Y también se les puede despistar, pulverizando un poco de hierba «kiawdona» o frotándola en los puntos donde ha estado la persona que es perseguida.

Unos horribles chillidos sonaron en aquel momento.

—Ya están ahí —añadió Shadko—. Guarde silencio y...

Sacó algo de su bolsillo y se lo entregó a la joven.

—Respire a través de estos tallos de hierba —recomendó—, Las partículas olorosas de su aliento podrían llegar hasta la pituitaria de los sabuesos.

—Sabe usted muchas cosas —dijo Helga, admirada.

—Calle, por favor —pidió Shadko.

También él se colocó ante la cara unos tallos de hierba «kiawdona». Los chillidos de los canes hexápodos sonaban cada vez más cerca.

De repente, media docena de aquellos horribles seres aparecieron al pie de los árboles. Los sabuesos tenían un cuerpo desmesuradamente largo, debido, principalmente, a las seis patas de su estructura anatómica. En parte, eran parecidos a los canes terrestres, aunque tan altos y corpulentos como un tigre de Bengala. El color de su pelaje era rojizo, con algunas manchas amarillas y marrones, distribuidas irregularmente. La cabeza terminaba en una boca que casi parecía un pico, armada con dientes de los que se sabía podían mellar el acero al morder.

Cuatro o cinco hombres iban con los sabuesos, pero no viajaban a pie, sino con la comodidad de sus propulsores, que los mantenían a poca distancia del suelo. Los individuos vestían uniforme negro, camisa de manga corta y pantalón ajustado hasta el tobillo, con botas de media caña, además de casco hemisférico, con visera protectora, tanto para el rostro como para la luz excesiva.

Todos los guardias iban armados con los temibles fusiles neurónicos, que podían desde atontar a un hombre hasta convertirlo en una informe pasta de carne y huesos literalmente disgregados, según la intensidad de la descarga. Uno de ellos ostentaba hombreras de plata y, sin duda, era el jefe de la patrulla. Las hombreras de los restantes eran de vivo color escarlata.

Los sabuesos hexápodos se detuvieron unos instantes al pie del árbol, emitiendo sus agudos gritos, que más parecían chirridos de metal frotado

contra metal. Al cabo de unos instantes, el jefe de la patrulla vomitó una orden y el grupo de hombres y bestias se perdió en la espesura del bosque.

Transcurrieron algunos minutos. El estruendo de los perseguidores se había acallado ya.

—¿Puedo hablar ya? —consultó Helga a media voz.

Sorprendentemente, Shadko se llevó a la boca los rallos de «kiawdona».

—Adelante —dijo.

—¿Come usted la hierba? —preguntó ella, extrañada.

—No es muy alimenticia, pero sí posee cualidades energéticas bastante apreciables. Algunos, incluso, dicen que prolonga la existencia, aunque no se ha podido comprobar todavía ese extremo —sonrió él—. Quizá su sabor no le agrade, pero como me imagino que está bastante fatigada y no hay comida a mano, le recomiendo la ingestión de esos tallos de hierba.

—Si usted lo dice... —Helga masticó durante unos momentos, hizo algunos visajes y luego forzó una sonrisa—. Estoy por decir que me ha salvado la vida o poco menos.

—¿Por qué la perseguían? —preguntó él.

—Por prostituta.

* * *

Las cejas de Shadko se levantaron al escuchar aquella rotunda respuesta, pronunciada sin el menor empacho.

—Creí que esas cosas pertenecían al pasado —dijo.

—Aquí, en Rwador, el sistema de vida es un tanto distinto al terrestre —repuso Helga—. La acusación real es otra, pero no pueden hacerla pública. La ley no se lo permitiría. Oficialmente, gozamos de libertad, pero, en la realidad, hay que hacer lo que ellos quieren.

—Ya. Y ¿qué es lo que querían de usted?

—Seis meses de trabajo en las minas de «rwadorita». Yo me negué, no hay ley que lo impida. El trabajo aquí es libre..., oficialmente, pero, guste o no, todo el mundo tiene que trabajar, al menos, seis meses en esos horribles parajes.

—Oiga, yo he estado en una mina de «rwadorita» y no me parece un lugar tan malo como usted lo describe —exclamó Shadko.

—¿Qué le enseñaron? ¿Los bonitos edificios administrativos? ¿Las relucientes máquinas extractoras? ¿Las máquinas que trituran, muelen, pulverizan y, en fin, disgregan molecularmente el mineral? ¿Le enseñaron también el magnífico hospital, los excelentes comedores y el estupendo sistema de seguridad laboral?

—Pues... sí, vi todo eso y me pareció estupendo..., y vi a los mineros y los vi contentos y satisfechos. Además, la paga es buena; presencié parte de un día de cobro y vi las nóminas y los sobres con el dinero y las dos cantinas...

¿Qué hay de malo en una mina de «rwadorita», Helga?

—Eso precisamente, la «rwadorita». Usted vio a los vivos, pero no la enfermería secreta, donde agonizan, a veces, corroídos por las radiaciones de ese mineral, hasta un cuarenta por ciento de los mineros. Tampoco le enseñarían el horno crematorio, donde se incineran los cadáveres de los mineros muertos a causa de ese horrible mineral ni tampoco ha visto usted a un minero licenciado, después de cinco o seis años, ¿verdad?

—Francamente, no — contestó Shadko—. Y debo confesarle que me deja usted pasmado. Nunca supuse que la «rwadorita»...

—Mi hermana murió en esa mina y yo no quise correr su suerte —dijo Helga—. Su esposo sobrevivió unos pocos meses y él me lo contó todo. Por eso sé tantas cosas.

—Muchos han vuelto a la Tierra, pero ninguno ha renunciado esas espantosas condiciones de trabajo —manifestó él.

Helga frunció el ceño.

—Eso es lo que más me intriga. Una vez se han, cumplido esos seis meses de trabajo en la mina, la libertad de seguir en Rwador o volver a la Tierra es absoluta. Me consta que en eso no hay engaño, pero no puedo comprender por qué nadie ha levantado la menor protesta.

—Sí, resulta intrigante —convino Shadko—. De modo que a usted la acusaron de algo infamante, sólo porque no quiso ir a la mina.

—En Rwador hay todavía una moral bastante estrecha, como suele ocurrir en todos los lugares de reciente colonización. Claro que a muchos no les importaría que una mujer haga lo que quiera, en este sentido, por supuesto, pero a la mayoría les disgustan ciertas cosas. Y de ello se ha valido el todopoderoso Fowker para lanzar a sus sabuesos en mi persecución. —Ella meneó la cabeza—. No acabo de entender del todo por qué puede tener tanto interés en mí —añadió.

—Puede ser un interés estrictamente privado —sugirió Shadko.

Helga sonrió.

—En todo caso, su interés está en Kena Wall, la gobernadora —dijo.

—Oh, sí, he oído hablar de ella. Es muy hermosa, me parece.

—No está mal. Shadko, ¿también le persiguen a usted?

—Bueno, así podría definirse. En Rwador no quieren mujeres de su clase..., perdón, no quieren cierta clase de mujeres; pero tampoco quieren vagos, parásitos o zánganos.

Ella le contempló admirada.

—A usted no le gusta trabajar —dijo.

—No. Yo vine porque me hablaron de Rwador como una especie de paraíso, donde abundaba el dinero... La verdad, es un mundo bastante aburrido y pensé que un jugador profesional podría encontrar ciertos alicientes. Lo conseguí durante una temporada.

—¿Qué pasó después?

—Quisieron encerrarme en su cárcel y yo me sentí discrepante.

—Y se refugió en el bosque.

—Hasta que llegue la próxima astronave y consiga meterme en ella, para el viaje de vuelta a la Tierra.

—¿Cómo polizón?

—Oh, no. Me bastará emplear parte de mi dinero. Alguien cerrará los ojos para no verme entrar en la nave, pero eso tardará un mes, por lo menos.

—Dice que va a sobornar a los oficiales de la astronave, pero ¿no ha podido sobornar a un guardia?

—Lo siento. Intenté hacerlo, pero fracasé. Oiga, yo sé que en todas partes, la inmensa mayoría de los policías son honestos, pero nunca falta uno que se sienta «benévolo», ¿comprende? Sin embargo, en Rwador no encontré ni uno solo.

Helga pareció sentirse de repente muy preocupada.

—En eso tiene usted razón —convino—. Aquí, en Rwador, pasan cosas muy raras. Los policías son absolutamente honrados, cosa digna de admirar por una parre, pero muy extraño por otra e inconveniente para quien se encuentre en una situación semejante a la nuestra. Y como dijo antes, nadie protesta. ¿Por qué?

—Valdría la pena averiguarlo, si nos interesara —sonrió Shadko—. Pero lo más extraño de todo es que, si las cosas que usted dice son ciertas, nadie se ha quejado en la Tierra. A fin de cuentas, no debemos olvidar que el gobierno de Rwador no es sino una delegación del de nuestro planeta. No es que vengan aquí muchos turistas, pero alguno podría haber dicho algo ya, me parece.

—Los tienen engañados, como a usted.

—Es posible que sea así. De todos modos, mi compromiso, es decir, mis problemas se deben a mi habilidad con las cartas. A la gente de aquí le gusté en un principio. Oh, no es que yo haya venido a corromper los sanos espíritus, pero pienso que un poco de diversión de cuando en cuando no sienta mal. Además, aquí ganan el dinero a sacos y apenas lo gastan. ¿Para qué quieren tantos billetes?

—Usted pensaba aliviarles de ese problema, ¿verdad? —sonrió Helga.

—Lo había conseguido ya, en parte, pero un policía oficioso lo echó a rodar y tuve que salir corriendo. La mejor solución era refugiarse en el bosque, lo mismo que hizo usted.

Los ojos de Helga se entornaron de pronto.

—Pero sabía muchas cosas —dijo—. Las características de los sabuesos hexápodos, la hierba «kiawdona»...

—Oh, es que cuando voy a un sitio desconocido, procuro estar bien informado de todo lo que sucede. Y, aparte de eso, yo sabía que Rwador es la colonia preferida de la Tierra.

—A costa de la vida y de la dignidad de infinidad de personas —exclamó Helga rabiosamente.

—Eso suele pasar más veces de lo que usted se imagina —dijo Shadko,

filósofo—. A propósito, ¿qué tal se siente después de la ingestión de la «kiawdona»?

—Sorprendentemente bien, aunque no con un espíritu demasiado optimista —respondió ella.

—No es una droga eufórica, sino, simplemente, estimulante. El cerebro no resulta afectado de una forma perturbadora, como ocurre con otras drogas. En este planeta, sin embargo, hay cosas infinitamente peores.

—La «rwadorita».

—Sí. Pero es necesaria.

Shadko aspiró el aire varias veces, larga y profundamente. Luego sonrió:

—El peligro ha pasado ya. ¿Quiere que sigamos o prefiere convertirse en una arborícola?

—No vamos a quedarnos aquí eternamente —contestó Helga.

CAPÍTULO II

El bosque tenía un aspecto idílico, realmente encantador en muchos lugares. El suelo, llano, cubierto de espesa hierba, permitía caminar sin dificultades. De cuando en cuando, Shadko se inclinaba, arrancaba algunos tallos de «kiawdona», los seleccionaba cuidadosamente y guardaba los elegidos en una bolsa que pendía de su hombro izquierdo.

—¿Por qué los guardas? —preguntó la joven, tuteándole.

—Quiero llevarme una buena provisión a la Tierra, el día en que vuelva.

—Falta un mes —suspiró ella—. Tú te irás...

—Puedes venirte conmigo. Tengo «pasta» suficiente para los dos.

Helga se volvió.

—¿Hablas en serio? Mi cuenta, supongo, estará bloqueada. Si me atreviese a ir al Banco, me arrestarían inmediatamente.

—Hablo en serio —confirmó él.

—Si consigo volver a la Tierra, te devolveré el dinero en cuanto me sea posible. Trabajaré hasta cancelar el préstamo tardaré mucho, te lo aseguro; modestia aparte, soy buen ingeniero.

Shadko se detuvo y la miró de pies a cabeza con ojos críticos.

— ¡Caramba, con esa cara y esa silueta, lo menos que uno pensaría es que tiene al lado un ingeniero! —exclamó.

—Doctor ingeniero en Física, con la calificación *magna cum laude* —puntualizó Helga orgullosamente.

—Me gustaría llevar un sombrero, para descubrirme ante ti. Al menos, lo haré mentalmente —dijo Shadko con jovial acento—. Entonces, por eso sabes tantas cosas de la «rwadorita».

—Se sabe muy poco de ese mineral todavía. Por eso vine yo aquí, para realizar un estudio a fondo. Es cierto que se conocen sus efectos, pero de un modo parcial, muy incompleto.

—Sin embargo, para la Tierra es una bendición.

—Lo sé. La «rwadorita» es el integrante básico de los satélites energéticos. Gracias a ella, se han dejado de utilizar prácticamente las demás fuentes de energía de la Tierra, a excepción de las naturales, como por ejemplo, saltos de agua. Pero ya no son necesarios ni el carbón ni el petróleo. Los satélites de «rwadorita» permiten el envío de energía radiante a las centrales que luego distribuyen la electricidad por todo el planeta. No hay vehículo que no se mueva, utilizando esa fuente de energía.

—Lo sé, y también sé que en Rwador es el único planeta donde se obtiene la «rwadorita».

—Pero ya conoces el precio que es preciso pagar por la obtención de ese mineral.

Shadko asintió.

—Demasiado caro, si lo que dices es cierto —contestó.

De pronto, desembocaron en un claro del bosque, en el que había una falla del terreno. Por el centro corría un arroyo de abundante caudal, que se desplomaba al llegar a la falla, formando así una espectacular cascada, a cuyo pie había un estanque de unos cuarenta o cincuenta metros de diámetro.

—Antes ibas a bañarte —dijo él—. Ahora puedes hacerlo con toda tranquilidad.

—A ti también te hará falta...

—Luego —sonrió Shadko—. Anda, no te preocupes.

—Shadko, no soy mojigata. Si lo haces por cortesía...

—Eres una chica estupenda..., digo, es usted un estupendo ingeniero —contestó él con buen humor—. Pero mientras te bañas, buscaré comida.

—Está bien, como digas.

Cuando ella salió del estanque, se encontró con una mesa consistente en un par de grandes hojas de un árbol parecido a la palmera terrestre, sobre las que había unos racimos de uva, de granos de enorme tamaño, y unas frutas semejantes a las naranjas, pero con la piel mucho más fina y de jugo dulce y refrescante.

—He visto también animales de pelo y pluma, pero no tenía armas —explicó Shadko—. No obstante, la fruta es bastante alimenticia y puede solucionarnos el problema durante algún tiempo. Empieza tú mientras me baño.

—Como quieras —contestó Helga, sonriendo.

Un cuarto de hora más tarde, Shadko salió del agua y, tras secarse un poco al sol, empezó a vestirse. Cuando se abrochaba la camisa, vio algo que le puso hielo en las venas.

* * *

Un extraño animal avanzaba hacia la muchacha, quien no se había dado cuenta todavía de su presencia en las inmediaciones. Sustancialmente, parecía un cilindro brillante, de metro y medio de largo por treinta centímetros de diámetro. El color era amarillento, con algunas manchitas verdosas distribuidas simétricamente a lo largo del dorso. Pero no era un gusano, sino algo mucho más horrible.

Docenas de pares de patas, de unos cuarenta centímetros de largo, articuladas, sobresalían de sus costados, lo que le permitía una facilidad de locomoción singular. La cabeza, alargada, piriforme, estaba dotada de dos pares de ojos facetados, muy brillantes, y a ambos lados de la misma sobresalían dos antenas, de casi un metro de largo, terminadas en sendas pinzas, muy parecidas a las de los crustáceos terrestres, pero infinitamente más potentes.

Un largo aguijón sobresalía de la parte inferior de la cabeza, oscuro,

brillante, terminado en una punta afiladísima. Las pinzas se movían muy lentamente, sin hacer el menor ruido, a la vez que los treinta pares de patas permitían al monstruo una silenciosa aproximación a su presa,

Shadko se quedó helado de horror. Si el gigantesco artrópodo alcanzaba a la joven, su muerte era segura.

Y no sería una muerte rápida ni, mucho menos, placentera.

La distancia era excesiva para que pudiera hacer algo con sus manos. Por otra parte, no tendría tiempo de avisar a Helga; la bestia atacaría antes de que ella pudiera escapar.

Sólo había una solución..., si conseguía llevarla a cabo. Sin perder de vista al enorme ciempiés, se agachó y cogió un enorme pedrusco, medio envuelto en hierbas. Echó el brazo hacia atrás, tomó impulso y luego disparó la piedra con toda su fuerza.

Cuando el proyectil volaba por los aires, emitió un grito:

—¡Helga, rápido, aquí!

La piedra golpeó al animal en un costado, haciéndole dar una vuelta sobre sí mismo. Helga oyó el ruido, volvió la cabeza y, al divisar a la bestia, se puso en pie de un salto y echó a correr despavorida.

Shadko ya tenía otro pedrusco. El ciempiés recobró el equilibrio y ahora sí echó a correr a toda la velocidad que podían conferirle sus innumerables patas. Shadko disparó la segunda piedra, lanzándosela directamente a la cabeza, entre los dos ojos facetados.

El pedrusco alcanzó a la bestia en el punto deseado y su relativamente frágil cráneo se hundió. El animal cayó abatido, a menos de tres metros de la pareja.

Todavía agitaba el ciempiés sus dos antenas, pero los movimientos cesaron a los pocos momentos. Helga, estremecida de horror, se volvió hacia Shadko.

—Estuvo a punto de morderme...

—Algo peor —dijo él—. Con el aguijón te hubiera paralizado primeramente, por medio de una anestesia casi instantánea. Luego hubiera puesto un par de huevos en tu vientre. Dentro de dos semanas, las larvas habrían salido de los huevos y te habrían devorado viva.

Helga se puso una mano en la boca.

—No, por favor, no me digas...

—Es cierto — confirmó Shadko, muy serio—. No son demasiado abundantes, pero de cuando en cuando, consiguen alguna presa.

Ella contempló al horrible artrópodo con ojos llenos todavía de miedo.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo—. Pero cuando llegue la noche...

—Dormiremos en mi árbol, no hay más remedio.

Helga suspiró profundamente.

—Y todavía nos queda un mes de vida salvaje —se lamentó.

—Quizá no tanto. Es posible que podamos ocultarnos en la capital.

—¿Cómo?

—Tengo algunos amigos —respondió Shadko evasivamente.

Las manos de la joven señalaron su cuerpo.

—Así no puedo pasearme por Rwador City —dijo.

Shadko palmeó su brazo suavemente.

—Encontraremos ropas —aseguró—. Vámonos ya de aquí.

—Lástima, era un lugar tan bonito...

Durante dos días, caminaron por el bosque sin demasiadas prisas, deteniéndose con frecuencia para acampar y tomarse unos ratos de descanso. Por la posición de la estrella que era el sol de Rwador, Helga se dio cuenta de que Shadko caminaba en un círculo de amplio radio, cuyo centro, calculó, estaba en la capital del planeta.

—Parece que no quieres alejarte demasiado de Rwador City —observó.

—No, nos conviene estar cerca de la ciudad.

—¿Por qué?

De pronto, Shadko extendió el brazo.

—Silencio —recomendó en voz baja.

Inesperadamente, Helga oyó voces y risas al otro lado de un espeso grupo de arbustos. Eran un hombre y una mujer y parecían muy contentos.

Shadko se arrastró bajo las ramas de los arbustos, procurando no hacer el menor ruido. Al otro lado se desarrollaba una escena singular.

Había un gran estanque, bastante parecido al que ellos habían visto dos días antes. El hombre y la mujer, ambos bastantes jóvenes, se bañaban alegremente en las aguas de la piscina natural.

Shadko exploró con la vista las inmediaciones del estanque. De pronto, sonrió al ver un montón de ropas muy cerca de donde él se encontraba, junto con unos objetos cuya posesión, estimó, les resultaría sumamente provechosa.

En aquel instante, la pareja salió del agua, ambos completamente desnudos y, jugando y riendo como chiquillos, se perdieron en la espesura. Shadko adivinó lo que iba a suceder a continuación.

De pronto, notó que Helga estaba a su lado.

—Cómo retozan, ¿eh? —dijo la joven de buen humor.

—Es la vida —sonrió él—. Pero la presencia de esos dos enamorados nos va a resultar de mucha utilidad.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta, Shadko salió de los arbustos y apoderó sin el menor escrúpulo de las ropas y demás objetos pertenecientes a la pareja. Momentos después, estaba de nuevo junto a Helga.

—Por fortuna, han traído también propulsores individuales —dijo, a la vez que le entregaba las ropas de la mujer—. Esto nos permitirá llegar a la capital con gran rapidez.

—Pueden denunciarnos por robo...

—Mis amigos nos darán refugio —aseguró él—. Vamos, no tengas tantos escrúpulos. —Shadko levantó la blusa masculina—. Por fortuna, todas

las prendas son de tejido extensible — añadió, muy satisfecho.

Helga dejó de lado los remilgos y se vistió rápidamente, con un mono de una sola pieza, de color amarillo vivo. Shadko dejó sus ropajes y se puso los del hombre. Luego, con no poca satisfacción, encontró una pistola neurónica en el equipaje.

—Puede resultarnos útil —dijo, mientras empezaba a colocarse los arneses del propulsor individual.

Minutos después, se habían equipado por completo.

—Helga, supongo que sabrás manejar un propulsor —dijo él.

—Claro.

—Entonces, no se hable más. Ahora nos alejaremos de aquí, para situarnos en las inmediaciones de Rwador City. Pasada la medianoche, iremos a cobijarnos en casa de un buen amigo.

—Muy bien, como digas.

Ella se ajustó el arnés de su propulsor. De súbito, cuando ya se disponían a elevarse, oyeron unos chillidos atroces.

Helga sintió que los pelos se le ponían de punta. A los dos jóvenes que habían visto bañándose en el estanque les ocurría algo.

Los gritos alcanzaron una horripilante intensidad durante breves segundos. Luego, casi de repente, cesaron bruscamente.

—Shadko, ¿qué les ha pasado? —preguntó ella, temblando de pies a cabeza.

Por toda respuesta, Shadko sacó la pistola neurónica y comprobó el estado de su carga. Luego, con la mano izquierda, accionó el mando de elevación del propulsor y sus pies se despegaron del suelo instantáneamente.

Helga le siguió con toda resolución. Unos segundos más tarde, los ojos de los dos jóvenes contemplaban la escena más horrenda que jamás se hubieran imaginado presenciar.

CAPÍTULO III

Aquella pareja de enamorados había sido sorprendida bruscamente por dos ciempiés gigantes, cuyo ataque había sido desencadenado con tanta rapidez, que no les había dado tiempo a escapar. Ahora, tanto el hombre como la mujer se hallaban bajo uno de aquellos monstruosos artrópodos, completamente inmóviles, pero vivos aún y con los ojos abiertos, plenamente conscientes de la espantosa situación en que se encontraban.

Estremecida de horror, Helga vio sangre en los vientres de aquellas dos personas. Paralizados por el potente anestésico de los ciempiés, el hombre y la mujer estaban siendo sometidos en aquellos momentos a una espantosa operación quirúrgica.

—Mátalos, mátalos —pidió Helga, con voz temblorosa.

Shadko meneó la cabeza.

—Ellos morirían también —contestó sombríamente—. El contacto entre los ciempiés y sus víctimas es demasiado íntimo, para que las descargas neurónicas no alcancen también a éstas.

—Pero si van a morir de todas formas...

—Hay una posibilidad, aunque muy remota. Sin embargo, debemos intentarla. Deja pasar unos minutos, por favor.

La inmovilidad de las presas era absoluta, Shadko observó que tenían los ojos muy abiertos. Se daban cuenta de lo que sucedía, pero ni siquiera podían pestañear. En medio de todo, pensó, el anestésico evitaba también el dolor de las incisiones que los artrópodos habían practicado en los vientres de sus presas con uno de sus pares de patas posteriores.

Helga volvió la cabeza, pero Shadko contempló la operación del principio al fin. Hecha la incisión en el vientre de la presa, cada ciempiés depositó dos huevos en unos segundos. Luego, una sustancia gomosa, muy espesa, segregada por unos orificios situados hacia el final del abdomen, sirvió para cerrar la herida y contener la hemorragia.

A continuación, los artrópodos «desmontaron» de los cuerpos de sus víctimas y se separaron unos pasos, con la parte posterior vuelta hacia los cuerpos inmóviles.

Casi inmediatamente, empezaron a brotar unos hilos sedosos, de un milímetro de grosor, dirigidos hacia las víctimas. En el mismo instante, Shadko apretó por dos veces el gatillo de su pistola.

El arma estaba graduada al máximo de potencia. Las descargas convirtieron a los artrópodos en informes montones de una sustancia semilíquida, que despedía un hedor repugnante.

Aquella nauseabunda pasta empezó a extenderse por el suelo. Shadko saltó hacia adelante y arrastró sucesivamente a los dos cuerpos, separándolos unos cuantos metros del lugar donde habían muerto los ciempiés. Helga,

reaccionando, le ayudó en la tarea.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Ahora, los ciempiés hubieran envuelto a sus presas en una especie de capullo de seda que, sin impedirles la respiración, les habría preservado de los ataques de otros animales, que los habrían devorado, impidiendo así el nacimiento de sus descendientes. Pero esa seda habría causado en la piel de las victimas lesiones irreparables, como quemaduras que, en el mejor de los casos, habrían resultado incurables.

—Los huevos ya han sido puestos...

—Hay veinticuatro horas de tiempo —atajó él rápidamente—. Si se consigue extraerlos antes de que acabe ese plazo, las víctimas tienen grandes probabilidades de recobrarse.

—Entonces, ¿qué haremos?

Shadko consultó su reloj.

—Son las cinco y media de la tarde. A la noche, llevaremos los cuerpos de estos desdichados y los dejaremos en la puerta del Hospital General —decidió.

De pronto, Helga lanzó una exclamación:

—¡Shadko, parecen que nos oyen!

—Sí, pueden ver y percibir los sonidos, pero eso es todo. —De pronto, Shadko se arrodilló junto al hombre que era, aproximadamente, de su edad—. Os habíamos robado vuestras ropas y objetos personales, pero es que no teníamos otro remedio que hacerlo. Esta chica y yo somos unos proscritos y estamos eludiendo a la policía.

Shadko examinó las documentaciones. Así supo los nombres de la pareja: Tack Hondo y Reva Lyzzan.

—Tack, hay tiempo todavía de que podáis salvar vuestras vidas —continuó—. Helga y yo os llevaremos al Hospital General cuando sea de noche.

A Helga le pareció ver en los ojos del joven una chispa de comprensión. Los suyos, por el contrario, se llenaron de lágrimas, al pensar en la horrible suerte de aquella pareja. Había grandes posibilidades de salvación para ellos, pero también podía resultar que los esfuerzos de los cirujanos resultasen inútiles. Entonces, antes de que los huevos de los ciempiés gigantes hicieran eclosión, alguien tendría que dar la orden de rematar a las víctimas, para evitar que fuesen devoradas vivas.

Compasiva, Helga cubrió los desnudos cuerpos de la pareja con algunas hojas. Luego hizo una seña y se llevó a Shadko a unos pasos de distancia.

—¿Es seguro que se salvarán?

—Antes de las veinticuatro horas, las probabilidades son muchas, prácticamente favorables.

—¿Y si no fuese así?

Shadko hizo un gesto negativo con la cabeza.

Helga comprendió.

—Horrible —comentó.

Las horas que transcurrieron se le hicieron interminables. Pasada la medianoche, Helga, que poseía una robustez física excepcional, cargó en sus brazos el cuerpo de Reva. Shadko hizo lo propio con el de Hondo. Luego, se elevaron en los aires y se dirigieron a la máxima velocidad posible hacia la capital.

* * *

Las calles de la ciudad aparecían desiertas a altas horas de la noche. Moviéndose como fantasmas, con los pies a unos centímetros del suelo, Shadko y Helga se desplazaban por los lugares más sombríos, en busca del refugio prometido por el joven.

Hondo y Reva estaban ya en el hospital. Shadko sabía que los médicos empezarían a actuar inmediatamente, aun sin necesidad de que ellos hubieran informado sobre lo ocurrido. Casos como el ocurrido con la pareja de enamorados no eran frecuentes, pero sí se habían dado los suficientes para que los cirujanos pudieran actuar con rapidez y eficacia.

La ciudad estaba construida con tiralíneas, lo que daba manzanas de idéntico tamaño, con abundancia de espacios ajardinados y edificios que sólo en muy pocos casos rebasaban los cuatro pisos de altura. La mayoría de las viviendas sólo tenían planta y primer piso.

En Rwador City todo el mundo se acostaba pronto y madrugaba mucho.

—Para un hombre como yo, ésta no es vida —dijo Shadko de pronto.

—Eres pájaro de noche —sonrió Helga.

—Hombre, no tanto. Lo que pasa es que me gusta vivir. Quiero decir, me gusta una existencia libre y sin complicaciones. No podría acomodarme a un horario estricto, con horas de diversión programadas... Eso es vida de hormiga, Helga, no le des más vueltas.

—Si todo el mundo pensara como tú, aún estaríamos en la Edad de Piedra.

—En este mundo, siempre ha habido zánganos; es sigo inevitable —contestó él con todo desparpajo.

—Eres un cínico. Shadko, ¿no has pensado en lo que puede suceder cuando pasen los años y te vayas haciendo viejo?

—Oh, sí, claro, pero todavía queda mucho más tiempo Ah, ahí está el refugio —dijo el joven, de repente.

Siguiendo a Shadko, Helga se encontró de pronto ante una casa de dos plantas, rodeada por un pequeño jardín. Shadko posó los pies en el suelo y apretó el timbre de llamada varias veces.

Pasaron algunos minutos. Al fin, se encendió una luz en la sala. La puerta se abrió instantes después.

—Hola, Tom -saludó Shadko.

El hombre alargó un poco el cuello.

—Eres Shadko...

—El mismo que viste y calza y viene acompañado de esta hermosa joven. Tom, te presento a Helga Vrandl. Helga, éste es el gerente del distrito. Tom Balthar.

—¿Cómo está, señor Balthar? —saludó ella.

Hubo un instante de silencio.

—Shadko, esta dama está reclamada por la ley —dijo a1 fin Balthar.

—Lo sé. Y yo también. Por eso hemos venido a pedirte asilo.

Balthar frunció el ceño.

—Esto es muy irregular —dijo—. Si lo supieran, podría costarme un serio disgusto.

Shadko agarró el brazo de la joven.

—Estaba equivocado —dijo— Vámonos, Helga.

—¡Aguarda, hombre! —dijo Balthar—. No he dicho qué vaya a negarte mi hospitalidad..., aunque debes reconocer también que me pones en un serio compromiso.

—Somos buenos amigos, Tom.

—Lo sé, lo sé. Vamos, entren los dos.

Balthar cerró la puerta. Una mujer, envuelta en una bata, bajaba del primer piso.

—¿Tom?

—Ah, hola, querida. A Shadko ya le conoces —dijo el dueño de la casa —. Ella es Helga Vrandl...

—¡La prostituta!

Helga apretó los labios.

—Señora, todavía no me he vendido a ningún hombre, a pesar de lo que se diga por ahí —protestó acaloradamente.

—Por favor —Shadko movió las manos—. Un poco de calma. Lisa —se dirigió a la señora Balthar—, ella no es lo que te supones.

—La televisión ha divulgado su retrato y ha dado muchos detalles de su vida —declaró Lisa—, Y aquí, la televisión, no miente.

Shadko frunció el ceño.

—Tom, ¿qué diablos pasa en esta maldita ciudad? —exclamó—. Cuando vivíamos en la Tierra, hace algunos años, éramos buenos amigos. Entonces, hubieras dado un brazo por mí y yo habría hecho lo mismo. ¿Qué sucede?

—Nada. A ella la acusan de prostitución y tú eres un indeseable —contestó Balthar—. Tenías un buen empleo, pero lo dejaste para manejar los naipes. No se puede decir que sea una profesión muy honorable, ¿verdad?

Los ojos de Shadko estudiaron durante unos segundos el rostro de su amigo.

—Creo que he cometido un error al venir a verte —dijo al fin—. Dispensa las molestias, Tom.

De nuevo agarró el brazo de Helga y la encaminó hacia la puerta. Antes

de salir, sin embargo, se volvió hacia Balthar.

—Tom, tú eres gerente de distrito. Por tu cargo, estás muy enterado de cosas que suceden en Rwador. ¿Puedes decirme por qué los que van a trabajar en las minas enferman, después de los seis meses, en el mejor de los casos, si es que no mueren antes?

—¡Qué estás diciendo! —exclamó Balthar—. Yo mismo, y Lisa también, hemos trabajado en las minas los seis meses reglamentarios. Hace de ello dos años..., ¿y notas en nosotros algún síntoma de desgaste o enfermedad?

Hubo un momento de silencio. Después, Shadko abrió la puerta.

—Adiós, Tom; adiós. Lisa —se despidió fríamente.

Cuando volaban por el aire, segundos más tarde, Helga hizo una pregunta a su acompañante:

—Shadko, ¿qué pasa en Rwador?

—Algo muy extraño..., y no sé lo que es —contestó el joven, ceñudamente.

—Dijiste que encontraríamos refugio, pero has fracasado. ¿Qué haremos ahora?

—Donde falla la amistad, el dinero es un buen sustituto.

* * *

Enormemente asombrada, Helga vio que Shadko sacaba un fajo de billetes y paseaba el pulgar por el borde, provocando un sonido apenas perceptible, pero inequívoco. El hombre que estaba en la puerta de la casa, contempló los billetes con ojos codiciosos.

—Pasen —dijo.

Shadko empujó a la muchacha. Helga vio entonces que se hallaban en el interior de lo que, eufemísticamente, se llamaba Centro de Relajamiento y Diversión, pero que, en realidad, no era sino una taberna.

—Helga, éste es Bruce Parr —dijo el joven—. Bruce, le presento a Helga Vrandl.

—Ah; esa chica reclamada por llevar una vida poco ejemplar —sonrió Parr, hombre de gran corpulencia y rostro sanguíneo—. Bueno, si a ella le gusta, yo no tengo nada que oponer.

—No soy lo que han dicho en los noticiarios —protestó Helga una vez más.

Parr se situó tras el mostrador y se encogió de hombros.

—La vida privada de cada cual no me importa en absoluto —aseguró—. Shadko, ¿qué quieren beber?

—Café para los dos.

—Bueno, si lo pagas bien, puedo servirles un trago. Pero sólo uno, ¿eh?

—Sí, ya sé que en Rwador City cada persona sólo puede tomarse una

copa al día. Pero preferimos café, Bruce.

Parr abrió la espita del agua caliente.

—Sólo tengo una habitación. Doscientos diarios... —anunció.

—Y comida.

—Sí, claro.

Shadko volvió a sacar los billetes y separó dos. Parr contempló los rectángulos de papel plateado y meneó la cabeza.

—Ese es el importe normal —dijo—. Pero ustedes deben pagar cinco veces más. Los dos están reclamados.

—El chico es generoso —comentó Helga cáusticamente.

—No tenemos elección —dijo Shadko—. Bruce, ¿qué me dices de las minas de «rwadorita»? —preguntó.

—Nada. La ley dice que todo el mundo debe trabajar en ellas seis meses. Yo ya cumplí mi período hace seis años.

—Y sigues vivo.

—Aquí me tienes, ¿no? —Parr puso delante de la pareja dos tazas humeantes—. No es un trabajo agradable, pero ello me sirvió para poder conseguir el permiso de esta taberna.

—Aunque se le dé otro nombre.

—¿Y qué importa eso? Vivo bien, gano dinero y el año próximo podré retirarme. Volveré a la Tierra y viviré de mis rentas. Contando el período de trabajo en las minas, habré estado aquí, en total, poco más de siete años. Vivir en Rwador compensa, créeme.

Shadko escrutó penetrantemente el rostro de Parr. Había sido siempre un sujeto muy saludable, tal vez excesivamente sanguíneo, pero ahora le parecía que el color rojo tiraba un poco a violeta.

—Sí, quizá tengas razón —convino tranquilamente. Se volvió hacia la muchacha—. Sospecho que no vamos a tener otro remedio que ocupar la misma habitación —agregó.

—Eres un caballero, supongo —sonrió Helga.

Los ojos de Parr recorrieron críticamente la figura de la joven.

—Si yo estuviese en su lugar, me portaría como un caníbal —rió desvergonzadamente.

—Todavía hay clases, Bruce —dijo Shadko—, ¿Cuál es la habitación?

Parr hizo un gesto con la mano.

—Síganme —indicó.

CAPÍTULO IV

El decorado de la estancia era más bien espartano, aunque no carecía de cuarto de baño. La temperatura, por otra parte, excelente, permitía permanecer sobre la cama, sin más abrigo que una liviana sábana. Shadko, cortés, se tendió en el suelo, a pesar de la insistencia da la joven.

—Lo digo con buenas intenciones —sonrió ella—. Más vale un colchón que el duro suelo...

—Estoy acostumbrado —respondió él—. Duérmete y no te preocupes de más.

—Salvo de una cosa: ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—No demasiado tiempo. La fidelidad de Parr no durará mucho. Pronto se cansará de tenernos como huéspedes. A la larga, esto siempre es un compromiso.

—¿Y entonces?

—Volveremos a la selva.

—Me aterra de pensar solamente en los ciempiés gigantes. ..

—En todo caso, no volverán a pillarnos desprevenidos. Compraré algún material y nos construiremos un habitáculo en la copa de un árbol. Helga, es cuestión de poco más de tres semanas. Con un poco de paciencia, conseguiremos salir adelante. Anda, descansa y no te preocupes de más.

Shadko apagó la luz. A los pocos momentos, percibió el sosegado rumor de la respiración de la muchacha, lo que le indicó que ella dormía apaciblemente. Sin embargo, a él le costaba mucho conciliar el sueño.

Tenía demasiadas cosas en la mente y no todas eran de fácil solución, pensó, desazonado. Aunque había tratado de mostrarse optimista, el periodo de tiempo que faltaba hasta la llegada de la astronave no iba a resultar cómodo ni dejarían de hallarse en constante riesgo a cada minuto.

Al fin, el sueño empezó a vencerle. Pero antes de que lograra dormirse, oyó ciertos ruidos en las inmediaciones.

Instantáneamente, se puso en pie, con la pistola neurónica en la mano. Parr, se dijo, iba a pasarlo mal, si trataba de gastarles una jugarreta. En completo silencio, se acercó a la puerta y abrió una rendija.

El pasillo estaba iluminado discretamente, pero, aun así, consiguió divisar dos sujetos vestidos con el negro uniforme de la policía. Uno de ellos, en aquel instante, decía:

—¿Bruce Parr?

—Sí —contestó el aludido.

—Vístase, tiene que acompañarnos.

—Sí, señor.

A Shadko le extrañó el tono sumiso y apagado de Parr. El hombre volvió a su habitación y salió unos minutos más tarde, completamente vestido.

Los policías se lo llevaron entre ellos, aunque sin esposarle. De súbito, Shadko concibió una idea.

Helga dormía placenteramente y no se había enterado de nada. Shadko agarró su propulsor individual y empezó a ponérselo, mientras descendía las escaleras precipitadamente.

Cuando llegó a la calle, vio un aeromóvil que se elevaba en el espacio. La luz ventral del aparato destellaba intermitentemente.

Shadko sentía una infinita curiosidad por conocer la suerte del tabernero. Lo primero que pensó fue que Parr iba a ser conducido a lo que, oficialmente se denominaba Gerencia de Tranquilidad Pública. En cualquier otra parte se habría llamado Jefatura Central de Policía o algo por el estilo. En Rwador, pensó, eran muy aficionados a las metáforas, con las cuales pretendían encubrir una realidad muy distinta de la pregonada públicamente.

El aeromóvil rebasó los límites de la ciudad y se dirigió hacia el nordeste. Shadko sabía que, a unos veinte kilómetros había un lugar de tratamiento de basuras y desperdicios, por medio de incineración. Posiblemente, calculó, los hombres de Jan Fowker tenían allí alguna oficina secreta, donde «trataban» de un modo especial a sus prisioneros.

El hecho de viajar con propulsor individual y sin luces, le permitió seguir al aeromóvil policial fácilmente, sin ser advertido, máxime cuando sus ocupantes lo ignoraban. Con el propulsor, por otra parte, podían alcanzarse velocidades de hasta ciento cincuenta kilómetros por hora, marca a la que no llegaba en aquellos momentos el vehículo de la policía.

Diez minutos más tarde, el aeromóvil descendió hacia el fondo de una anchurosa hondonada, en cuyo centro se hallaban las instalaciones del crematorio de rasuras. En aquel lugar se consumía absolutamente todo, excepto los desperdicios metálicos, previamente separados de la masa que debía ser incinerada. Filtros de gran eficacia evitaban la menor contaminación atmosférica, aparte de que la población de la capital no ira excesiva y la basura no se acumulaba en volúmenes de cifras insalvables.

El aeromóvil se posó en el suelo. Había un par de reflectores encendidos, que iluminaban una torre construida con materiales refractarios, a la que se accedía por una escalera de peldaños metálicos. A diez metros del suelo se veía una plataforma, situada ante una pesada compuerta de metal, cerrada en aquellos instantes.

Parr y los policías se apearon del aparato. Un individuo salió al encuentro de los recién llegados y un policía le enseñó algo.

—Nombre, Bruce Parr. Profesión, tabernero. Número de serie 74.881, Grupo CT-42 —dijo.

El empleado consultó los documentos y movió levemente la cabeza.

—En regla —calificó.

Durante todo el tiempo, Parr había permanecido absolutamente inmóvil, rígido como una estatua. Después de quedarse con los documentos, el empleado hizo un gesto con la mano.

—Suba por la escalera, Parr —ordenó.

Parr obedeció sin rechistar. Oculto tras la estructura de un barracón, Shadko contemplaba la escena lleno de estupefacción.

El empleado se acercó a una consola de mando, situada bajo un pequeño cobertizo. Cuando vio que Parr se hallaba en la plataforma, tocó una tecla y la compuerta del crematorio se deslizó silenciosamente a un lado.

Un vivo resplandor rojo, de no demasiada intensidad, sin embargo, brotó por el hueco. El hombre que estaba ante la consola de control volvió a hablar:

—¡Adentro, Parr!

Horrorizado, Shadko vio que Parr daba un par de pasos y se arrojaba al interior del horno. Segundos más tarde, la compuerta se había cerrado y el resplandor desapareció.

Los policías se marcharon sin despedirse siquiera del empleado. Shadko permaneció todavía algunos minutos en aquel lugar, terriblemente impresionado por la escena que acababa de contemplar.

¿Por qué había obedecido Parr tan ciegamente las órdenes que le condenaban a su propia destrucción?

—Eso es lo que también me gustaría saber a mí. —dijo Helga, a la mañana siguiente, después de que Shadko le hubiese relatado los acontecimientos de que había sido testigo—. ¿Cómo es posible que Parr se haya dejado quemar, sin la menor protesta? Le vi como un hombre irónico, cínico, con toda su potencia mental para tomar decisiones, pero, ¿qué le hizo cambiar en tan poco tiempo?

—Creó que dijimos que en Rwador pasaban muchas cosas raras —respondió Shadko, mientras tomaba un sorbo de café.

—Pero nunca pensamos que pudieran ser tan horripilantes. Los monstruos del bosque son algo inevitable, como las fieras de las selvas terrestres. Sin embargo, resulta inconcebible que un hombre, con todas sus facultades mentales en perfecto estado, obedezca la orden de lanzarse al horno crematorio de las basuras.

—¿Sabemos acaso si Parr estaba en su sano juicio? Ni tú ni yo obedeceríamos una orden semejante... ahora. Pero, ¿y si estuvieses drogada, por ejemplo?

Helga aceptó una expresión pensativa.

—Drogado —repitió—. ¿Viste si los guardias le hicieron algo?

—No. Yo oí unos ruidos, probablemente sus pasos, pero no me pareció que llegaran a tocarle siquiera. Llamaron a la puerta de su habitación, él salió, le preguntaron el nombre y cuando hubieron confirmado su personalidad, le ordenaron que se vistiera y les siguiera.

—Se me ocurre una idea, Shadko —dijo ella de pronto.

—Dime, por favor.

—¿Por qué no interrogamos al empleado del incinerador?

Shadko consultó su reloj de pulsera.

—Creo que debiéramos esperar a la misma hora en que Parr recibió la

orden de lanzarse al horno —dijo—. Tengo entendido que el horno funciona constantemente, por lo que es de suponer que los empleados trabajan en turnos rotatorios.

—Sí, es buena idea. —Helga levantó su taza—. ¿De dónde lo has sacado? —inquirió.

—No había nadie en la taberna, así que, por lo menos para tomar café, me consideré el dueño —sonrió él.

—No has dormido en toda la noche. ¿Por qué no te acuestas un rato?

—¿Qué harás tú, mientras tanto?

—Vigilaré. —Helga dejó taza y plato sobre la mesa y se volvió hacia el joven, con la sonrisa en los labios—, Vamos, duerme tranquilo —insistió.

Shadko se tendió sobre el lecho y estiró los brazos con gesto voluptuoso.

—Sí, me hace falta un poco de sueño —convino.

Shadko se durmió instantáneamente. Cuando despertó, le pareció que habían pasado solamente unos minutos. Helga, inclinada sobre él, le sacudía suavemente.

—Vamos, despierta...

El joven se sentó en la cama.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Hay un nuevo tabernero. Se llama Diño Carvini.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero sólo de temas sin trascendencia...

Shadko se puso en pie de un salto.

—Voy a lavarme un poco —dijo—. Nos iremos inmediatamente.

—Aquí ya no estamos seguros, ¿eh?

—No lo estábamos con Parr, pese al soborno, de modo que imagínate qué seguridad podemos tener con ese tal Carvini. Estaré listo dentro de cinco minutos.

Helga comprendió los motivos del joven. Interiormente, se sentía llena de angustia, porque se daba cuenta claramente de que Rwador no era el planeta feliz, donde una persona joven y emprendedora podía alcanzar una gran posición y una sólida fortuna. A cada segundo que transcurría, le parecía que se hallaba en un mundo de apariencia placentera, donde la felicidad era la norma, pero que, en realidad, era sólo un lugar horrible, en donde sus habitantes se hallaban presos de unas fuerzas espantosas, que no sabía definir por el memento.

Shadko salió pronto del cuarto de baño y empezó a equiparse con el propulsor individual. Helga le imitó y, a los pocos segundos abrían la puerta de la habitación.

Unas voces llegaron en aquel momento desde la sala:

—Los nombres no me suenan...

—Tal vez reconozca sus fotografías.

—A ver, deme.

Transcurrieron unos segundos. Luego, alguien dijo:

—Sí, a ella la he visto y hasta hemos hablado. A él no le conozco.

«Debe ser Carvini», pensó Shadko.

—¿Acaso no sabía usted que la mujer estaba reclamada? Es una ramera y debe ser sometida a las leyes —dijo un hombre de voz autoritaria.

—Su cara, su nombre y la reclamación se han publicado en todos los noticiarios televisados —agregó otro—. También hay un periódico...

—Miren, amigos, mi norma es no meterme en la vida de los demás y dejar que todo el mundo viva tranquilo. Si ella ha infringido las leyes, es asunto suyo y no mío —contestó el tabernero.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, señor Carvini?

—Hoy, unas horas. Hacía días que buscaba un negocio por el estilo, y esta misma mañana me avisaron del Centro de Empleos, en donde me dijeron que esta taberna estaba en venta. Me gustó, pagué el precio convenido y aquí estoy, eso es todo.

—Eso significa que su estancia en Rwador es reciente.

—Pues... sí, hace solamente un par de meses que llegue… Pero, ¿qué diablos tiene eso que ver con mi negocio?

—Entonces, no ha tenido tiempo de hacer su período de trabajo obligatorio en las minas de «rwadorita».

—No, pero lo haré cuando me llegue el turno. Cuando firmé el contrato en la Tierra para venir aquí, ya sabía a lo que me exponía —manifestó Carvini.

—Ya le avisarán, no se preocupe. Vamos, tú.

Shadko no quiso seguir escuchando más y tiró del brazo de la muchacha, metiéndola de nuevo en el interior de la habitación.

—Es una suerte que, pese a su austeridad, construyan las casas con estructuras típicamente terrestres —dijo, a la vez que colocaba una silla inclinada, de modo que el borde de su respaldo quedase apoyada bajo el picaporte—. He estado en colonias mucho más avanzadas, donde las puertas se abren y cierran mediarte microondas, en clave particular para cada persona pero aquí, a lo que parece, son muy amigos de la virtud del ahorro.

Acto seguido, Shadko corrió hacia la única ventana y la abrió de par en par.

—Salta y marcha, con los pies a medio palmo de suelo —indicó.

Helga obedeció, justo en el momento en que sonaban unos fuertes golpes en la puerta. Shadko no se molestó en contestar siquiera; saltó al vacío y maniobró con el propulsor, para situarse al mismo nivel de la joven.

Los propulsores eran unos aparatos muy comunes en Rwador City, por lo que, no llamaron la atención. Para asombro de Helga, Shadko procuró moverse por los lugares más concurridos.

—Cuantas más caras tiene que vigilar un policía más difícil es su tarea —explicó.

Helga encontró que era una explicación muy sensata.

—Bien, y ahora, ¿adónde vamos? Porque, según estoy viendo, no vamos

a parar de movernos en ningún momento.

—Ahora vamos a ver a un buen amigo, el doctor Henningan.

Ella suspiró.

—Espero que sea mejor amigo que Tom Balthar y su esposa —dijo.

—En este mundo, todos tenemos derecho a equivocarnos —respondió Shadko filosóficamente.

CAPÍTULO V

Ralph Henningan llenó dos tazas y las entregó a sus visitantes.

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular —declaró, después de haber escuchado el relato que le había hecho Shadko.

—Ralph, tú eres médico. ¿Crees posible que un hombre obedezca sin más la orden de lanzarse a un horno crematorio?

—¿Por qué no? Si su mente no le pertenece ya...

—La mente puede pertenecer a otra u otras personas, pero hay algo en todo ser humano que es absolutamente intransferible —dijo Shadko con gran energía—. Llámalo instinto o, si lo prefieres, subconsciente, pero eso es algo que no se puede dominar en absoluto. Creo que yo, si me encontrase en la misma situación de Parr, me resistiría a obedecer la orden de lanzarme a un horno encendido. Obedecería, tal vez, la orden de volar tal o cual edificio, robar, asesinar... A fin de cuentas, serán las vidas de otros las que estuviesen en juego, pero no la mía propia. El instinto de supervivencia es más fuerte que el de autodestrucción, Ralph.

—Tienes toda la razón, pero el hecho sucedió y tú lo viste. Parr no opuso la menor resistencia, ¿verdad?

—No —admitió el joven desalentadamente—. Ralph, hay algo que me preocupa en todo este asunto. Muchos vuelven a la Tierra, pero nadie habla de las pésimas consecuencias de seis meses de trabajo en las minas de «rwadorita». ¿Por qué?

—¿Pésimas consecuencias? —se asombró Henningan—. Pero, ¿qué estás diciendo, Shadko?

—Bueno, quizá los mineros trabajen con todas las comodidades, pero los resultados de su estancia allí son desastrosos.

—Vamos, vamos, no digas tonterías —dijo el galeno, sonriendo—. Mírame, Shadko. ¿Ves en mí algún síntoma maligno? Tengo una salud de hierro, devoro como un león, duermo como un tronco y..., como soy soltero, si la ocasión se presenta, me muestro muy apasionado. Con perdón de la señorita Vrandl, por supuesto.

Helga agitó una mano.

—No se preocupe, doctor; todos sabemos lo que ha querido decir —contestó.

—Estás tratando de decirme que has hecho tu periodo de seis meses en las minas —dijo Shadko.

—Sí, en efecto. Es una cláusula que figuraba en mí contrato y me apresuré a cumplirla lo antes posible, a fin de establecerme rápidamente.

—¿Trabajaste con el pico y la pala? ¿Manejaste una perforadora, una pala mecánica? ¿Has estado en los controles de los departamentos de

trituración?

—Hombre, no, claro, pero me he movido libremente por el ámbito de la mina. Yo actuaba como simple médico y, aunque tuve que asistir a algunos accidentados, la mayor parte de las lesiones se deben a inexperiencia y no a la falta de condiciones de seguridad en el trabajo. No olvides que ninguno es minero profesional y eso siempre influye.

—Y todo se ha desarrollado bien y jamás viste efectos secundarios..., de radiaciones.

Henningan lanzó una atronadora carcajada.

—¡Radiaciones! Querido Shadko, la enfermería de la mina está dotada de todo el instrumental más moderno, incluyendo detectores de radiaciones de todo género. Los mineros son revisados periódicamente y, en nombre de nuestra amistad, te aseguro que jamás he tenido en mis manos un solo caso de organismo irradiado.

La respuesta del médico parecía concluyente, pero no por ello se sentía Shadko menos desconcertado.

—Además, ¿qué puede interesar eso a un jugador profesional? —agregó Henningan—. Lo tuyo son las cartas..., ¿o no nos conocemos desde hace algunos años?

Shadko hizo un gesto pensativo.

—Sí, puede que tengas razón —musitó—. De todos modos, ¿quieres venir con nosotros a la noche? Queremos interrogar al empleado del crematorio de basuras.

—No hay inconveniente —accedió Henningan—. Señorita, si quiere asearse, le enseñaré el baño...

Helga aceptó la invitación en el acto.

—Media hora dentro del agua me dejará como nueva —afirmó, sonriendo.

Shadko y su amigo quedaron a solas. Hennigan sacó entonces una botella de licor.

—¿Un traguito? —sonrió.

—Se acepta. Ralph, ¿cuánto dura tu contrato?

—Cinco años, incluidos los seis meses de la mina. Después, me volveré a la Tierra.

—Y te casarás.

—Eso puede esperar —dijo Henningan, maliciosamente.

Shadko paseó la vista por la estancia.

—Vives bien —comentó.

—No puedo quejarme. El sueldo es magnífico y ahorro sin privarme de nada, hasta un ochenta por ciento. Cuando regrese a la Tierra, seré un médico independiente, rural, si tú quieres, pero no me fundiré con los equipos anónimos de las superclínicas. Esa otra vida me gusta más, Shadko.

—Haces bien. Tampoco a mí me gustaría convertirme en un chupatintas, que sería lo único que sabría hacer medianamente.

—En Rwador hace falta gente. La Tierra, hoy día, no podría pasarse sin la «rwadorita», tú sabes por qué.

Shadko asintió pensativamente. El quid del asunto estaba, se dijo, en el mineral que no sólo permitía una ganancia considerable a algunas personas, sino que era la fuente de energía y de vida para el planeta Tierra.

Algunos, sin embargo, pensaban que la «rwadorita» era fuente de muerte.

A largo plazo, pero inevitable.

* * *

Después de la medianoche, se pusieron los propulsores individuales. Shadko conocía mejor el camino y guió a Helga y a su amigo el médico. Un cuarto de hora después de la partida, iniciaron el descenso hacia la hondonada donde se hallaban las instalaciones del crematorio de basuras.

Descendieron sigilosamente, en un lugar completamente a oscuras. Había un par de ventanas iluminadas, aparte de los focos que iluminaban el horno y la chimenea de evacuación de humos. En la parte superior, la chimenea estaba rematada por una gigantesca esfera, que contenía los filtros purificadores de los residuos gaseosos de la combustión.

Shadko fue el primero en acercarse al edificio donde se hallaba el vigilante nocturno. Paso a paso, caminó hacia la puerta. Henningan y la chica le seguían puntualmente.

Alargó la mano para abrir. De súbito, un vivísimo resplandor cayó sobre ellos, a la vez que se oía el trueno de un altoparlante:

—¡Quietos! ¡No se muevan si no quieren morir en el acto!

Helga chilló. Shadko maldijo entre dientes.

Más luces se encendieron. Varios hombres uniformados revolotearon por los aires y perdieron altura, hasta formar un círculo en torno a las tres personas.

La puerta del barracón se abrió entonces. Un hombre de mediana edad, bajo, rechoncho, con cejas espesas y de pelos muy salientes, apareció ante los ojos de los prisioneros.

—Bien, era hora ya de que nos viéramos —dijo, sonriendo complacido.

—Tenía ganas de conocer al representante de la Tranquilidad Pública —manifestó Shadko, sin perder la calma—. Debo suponer que me encuentro ante el honorable Jan Fowker, ¿no es así?

Fowker hizo una ligera inclinación.

—El mismo, señor Rummel. ¿O prefiere que le llame Shadko, como hace todo el mundo?

—A su gusto, comisario.

—Esa palabra no me gusta —protestó Fowker, ásperamente—. Llámeme gerente, si no le importa,

—Un collar diferente no cambia la raza del perro.

Los ojos de Fowker chispearon de ira, aunque logró contenerse.

—Tenía ganas de ponerle la mano encima, Shadko —dijo sonriendo—. En cuanto a la señorita Vrandl, puesto que está reclamada por la justicia, lo mejor es dejar que la ley siga su curso.

—¡No quiero ir a las minas de «rwadorita»! —gritó Helga con gran vehemencia.

—Señorita, usted firmó un contrato y debe cumplirlo...

—Gerente, le recomiendo que lea ese contrato. Al final, hay una cláusula, añadida de mi puño y letra, en la que figura la objeción sobre el trabajo obligatorio en las minas. Es decir, me reservé la libertad de aceptarlo o no, y el funcionario que legalizó el contrato no formuló la menor objeción —dijo ella con vivo acento.

—Ese funcionario ha sido debidamente sorprendido y, en cuanto a la cláusula que usted ha citado, el juez de Máximas Apelaciones de Rwador City ha declarado su ilegalidad. Por tanto, irá a trabajar seis meses en la mina.

Fowker movió una mano.

—Llévensela ahora mismo —ordenó.

Dos guardias cayeron sobre la muchacha y esposaron sus muñecas. Luego alzaron el vuelo, sujetándola por los brazos, y se perdieron en la oscuridad de la noche.

Fowker se encaró con Shadko a continuación:

—Ahora, usted y yo vamos a tener una larga conversación —dijo. Extendió el brazo—. Por favor, ¿quiere entrar? Ahí adentro hablaremos con más comodidad.

—Espere un momento —pidió el joven—. Gerente, usted supo de alguna manera, que nosotros íbamos a venir al crematorio.

Fowker sonrió ladinamente.

—Si usted estuviera en mi puesto, ¿divulgaría la identidad de sus confidentes?

—Por supuesto que no —contestó Shadko—, pero, ¿me permite un inciso?

—Claro, adelante.

Shadko se volvió hacia el médico.

—Ralph, ¿recuerdas a aquel amigo nuestro al que le pegaron una patada en la entrepierna? —preguntó—. ¿No sabes qué le sucedió después?

—No tengo la menor idea de quién pueda ser ese tipo —contestó Henningan—. En cuanto a una patada en ese sitio, no suele tener buenas consecuencias...

—¡Ahora sabrás tú lo que se siente, cerdo asqueroso! —dijo Shadko, a la vez que levantaba el pie derecho.

Henningan lanzó un aullido espantoso, a la vez que se curvaba hacia adelante, con las manos en el hueco de los muslos. En el mismo instante, Shadko le agarró por los pelos y, tirando de él con tremenda violencia, le

lanzó contra los otros dos guardias que habían quedado en la explanada.

Los tres hombres rodaron por el suelo en confuso montón. Fowker maldijo entre dientes y retrocedió un par de pasos, a la vez que intentaba sacar su pistola neurónica. Antes de que lo consiguiera, Shadko se elevó en el aire y, con los dos pies juntos, le golpeó en pleno rostro.

Fowker cayó de espaldas, chillando como un poseído. Con el mismo impulso, Shadko presionó a fondo el mando de ascenso de su propulsor individual y se elevó como un cohete en las alturas, perdiéndose en las tinieblas, antes de que ninguno de los presentes pudiera ejecutar el menor movimiento ofensivo.

* * *

La mina de «rwadorita» estaba en el fondo de un enorme hoyo, un cono invertido de unos dos mil metros de diámetro por trescientos de profundidad. En el centro se hallaban los edificios e instalaciones, así como los alojamientos para los mineros.

Shadko sabía que aquélla no era la única mina de Rwador. Tal vez Helga sería conducida a cualquiera otra de las seis que había en el planeta, pero tenía la impresión de que Fowker no quería perder demasiado tiempo con una joven tan rebelde.

Devreux contempló críticamente las instalaciones de trituración, y disgregación molecular, después de cuya etapa salían los bloques de «rwadorita» en estado de absoluta pureza. En realidad, eran cilindros de unos dos metros de largo, por medio de diámetro, los cuales eran envueltos inmediatamente en un tubo de material plástico, muy grueso y lo suficientemente blando en el interior para evitar fracturas del bloque de mineral puro.

Hombres y mujeres trabajaban activamente, con aparente alegría. Las máquinas funcionaban de forma incesante, extrayendo de la tierra el mineral en bruto, que debía sufrir luego las operaciones de transformación. Nadie parecía estar a disgusto en aquel lugar.

Shadko disponía de unos prismáticos muy potentes, que le permitían ver todo con absoluta claridad. Bajó los binoculares y se mordió los labios pensativamente.

«¿Qué fallaba en aquel paraje?», se preguntó.

En aquel instante, vio llegar un aerobús.

El vehículo aterrizó en un trozo despejado. Varias personas se apearon de su interior en el acto. La última en hacerlo fue Helga, escoltada por un par de guardias.

Un capataz salió a recibir a los recién llegados y tomó nota de sus nombres. Luego les indicó un extraño barracón, de forma alargada y de unos tres metros de alto por uno y medio de anchura. La longitud total del edificio

era de doce metros.

El capataz indicó a los nuevos mineros una puerta situada en uno de los extremos del barracón. Primero entro uno el cual salió quince minutos más tarde por una puerta situada en el extremo opuesto. Otro encargado se lo llevó, seguramente para indicarle su puesto de trabajo.

Shadko pensó que, en aquel barracón, sin duda, había una especie de túnel de desinfección y reconocimiento médico a distancia. Uno tras otro, los recién llegados fueron atravesando aquel edificio.

La última en hacerlo fue Helga, quien se resistía con todas sus fuerzas, a pesar de hallarse todavía esposada. Al fin, uno de los guardias la arrojó a través de la puerta de un tremendo empellón.

La puerta se cerró. Shadko aguardó, con los prismáticos ante los ojos y los nervios en tensión.

Un cuarto de hora más tarde, Helga se hizo visible de nuevo, sorprendentemente calmada. Un guardia le quitó las esposas y el otro capataz se la llevó hacia las instalaciones de la mina.

En aquel instante, Shadko empezó a sospechar la verdad.

Pero le parecía demasiado monstruoso y rechazó de plano aquella hipótesis.

—No, no puede ser..., aunque lo mejor sería comprobarlo —se dijo.

Sin embargo, antes de actuar en la mina, debía hacer una visita.

CAPÍTULO VI

La mujer era de mediana estatura, lo que compensaba por medio de unos zapatos de cinco centímetros de suela y doce de tacón. Era morena y estaba peinada aparatosamente, con un altísimo moño piriforme, rodeado por una red de perlas, que emitían irisados destellos al reflejar la luz de las lámparas de la lujosa estancia en la que acababa de entrar.

Su indumentaria era muy simple: una especie de túnica, sin mangas, sujeta a los hombros por dos enormes broches de, en apariencia, platino y pedrería. La túnica era suelta, larga hasta los pies lo que no impedía del todo apreciar las firmes curvas de un busto opulento.

Al entrar, se volvió y cerró la puerta. Luego se dirigió hacia el espejo que había sobre una artística consola y elevó ambas manos para soltarse el peinado. Entonces fue cuando vio al hombre sentado en un butacón, con las piernas cruzadas y una copa en la mano izquierda.

—Me extrañaba que no hubieras venido antes a verme, Shadko —dijo la mujer.

—He estado muy entretenido por ahí —contestó él con aire displicente —. De todos modos, sabías que un día u otro vendría a visitarte.

—Es cierto, aunque siempre imaginé que te harías anunciar en debida forma.

—Por favor. ¿Cómo iba a solicitar una audiencia con la gobernadora, yo, un vulgar jugador profesional? Habría arruinado tu reputación, sobre todo, en este mundo tan rígidamente puritano. Es preferible que haya llegado de esta manera, ¿verdad?

—Volando, me imagino.

—El propulsor individual es un aparatito muy útil para según qué clase de desplazamientos —sonrió Shadko—. Kena, ¿sabes que estás más guapa que nunca?

—Tú me halagas —dijo ella, a la vez que avanzaba hacia una mesa con abundante servicio de licores—. Te serviré una copa —indicó.

—No, gracias. —Shadko se metió algo en la boca y empezó a masticar —. Prefiero esto, hermosa.

—¿Qué es? —preguntó Kena Wall, llena de curiosidad.

—«Kiadwona». Es alimenticia y estimulante y, además, no crea hábito. Algunos, además, dicen que tiene virtudes afrodisíacas, pero eso depende muchas veces de la ocasión y no de su ingestión.

—Es posible. Shadko, ¿cuál es tu juego?

—Meter las narices donde no me importa, según algunos.

—Puede costarte caro.

—Trataré de que resulte productivo.

—¿Para ti?

—Para todos.

—Es un juego muy peligroso, Shadko.

—Le sé. Muchos lo juegan y acaban en el cementerio de basuras.

Kena se puso rígida,

—Tengo detallados informes de tus movimientos —dijo.

—Me lo imagino, no en vano eres la suprema autoridad de Rwador. Te nombraron gobernadora del planeta, como reconocimiento a tu contribución a la campaña electoral. En realidad, este cargo, como otros muchos, no sólo aquí, sino en la Tierra, no son sino los extremos de los innumerables tentáculos que ha tendido la casi todopoderosa UPEC, lo que significa en lenguaje llano, Universal Powder & Energy Corporation, es decir, Sociedad Universal de Fuerza y Energía. No me separo demasiado de la realidad, ¿eh?

Kena se apoyó negligentemente en una consola, sin dejar la copa de la mano.

—Hay cosas en las que no podemos engañarnos —convino, sonriendo —. Sin embargo, me gustaría conocer los motivos de tu visita.

—Están frente a mí —dijo él.

—¿Yo? Vamos, Shadko, no trates de engañarme. Lo nuestro acabó hace algún tiempo. Tú eres demasiado escrupuloso para cierta clase de asuntos. No te disgusta una aventurilla amorosa, con quien sea, pero otras cosas te repugnan. —Kena tomó un sorbo de licor—. En cambio, a mí, me encantan.

—Sí, porque te confieren poder y, sobre todo, dinero.

—Era rica ya antes de entrar en política.

—Lo recuerdo. Cyrus K. Wall te dejó una fortuna inmensa, Pero gastaste una parte muy importante en innumerables caprichos. Durante una larga temporada, tu vida fue la de una emperatriz romana, una especie de Mesalina de principios del siglo XXII, que cambiaba de amantes casi a diario, despidiéndolos luego con sustanciosas compensaciones en forma de regalos carísimos y cheques con muchos ceros. Luego te diste cuenta de que así no podías seguir, que ibas inevitablemente a la ruina, y cambiaste de vida, dedicándote a la política. Hiciste una elevada inversión y, en consecuencia, te dieron este puesto.

—Es una biografía apasionante —comentó ella, burlona.

—Pero exacta, al menos, en el trozo de tu vida que yo conozco.

—Y de la que pudiste haber formado parte definitivamente.

Shadko alzó la mano.

—Ah, ahora acabas de definirte a ti misma con toda exactitud. Has dicho «formar parte» en lugar de decir «compartir».

—Es lo mismo...

—La diferencia puede ser sutil, pero existe. Compartir significa ser los dos iguales. Si yo formo parte de tu vida, seré un poco más que los restantes, pero no igual a ti. ¿Lo entiendes?

—Estas discusiones semánticas no llevan a ninguna parte —cortó Kena, un tanto molesta—. ¿Por qué no hablas claro de una vez y me dices a qué has

venido?

Shadko miró fijamente a aquella hermosa mujer. Kena tenía unos treinta y cinco años, su edad, aproximadamente, pero los adelantos biológicos a principios del siglo XXII habían permitido una notable prolongación de las cifras de longevidad. La edad física de Kena era, en la actualidad, inferior a los veinticinco años.

Pero en su cerebro había una notabilísima experiencia en todos los sentidos. Y esto era algo que no podía dejar de tener en cuenta constantemente.

—En Rwador dicen que tu apellido describe exactamente tu carácter. Wall es lo mismo que muro o muralla y tú eres dura y pétrea...

—Cuando conviene, soy dulce y derramo mi afecto en todas direcciones —alegó Kena—. Tú debieras saberlo mejor nadie, me parece.

—Pero la dureza de tu carácter acaba siempre por triunfar sobre las demás cualidades. De todos modos, es preciso convenir que esa característica no afloró a la superficie sino hasta que decidiste entrar en la política. Si consigues llevar a buen término tu mandato como gobernadora, si los cinco años que debes ejercer el cargo resultan fructuosos, podrás aspirar a puestos más altos Por ejemplo, al volver a la Tierra te gustaría que te nombrasen Secretario de Asuntos Internos, lo que significa tanto como Jefe Mundial de Policía. Pero aún ese puesto está subordinado a la presidencia, y hacia ahí es hacia donde van tus tiros, ¿verdad?

Kena volvió a sonreír.

—El que ama la política, debe ser ambicioso o no prosperará jamás.

—Llevas dos años de gobernadora de Rwador. Dentro de ocho, podrás aspirar a la Presidencia mundial. Presentarás, como méritos indiscutibles, el haber conseguido que el suministro de «rwadorita» sea no sólo constante, sino abundante. Hay en proyecto planes para instalar más satélites energéticos, que se situarán en órbita alrededor de la Tierra durante tu mandato como gobernadora de este planeta. La energía acabará siendo gratuita y todos tendrán que agradecérselo a la hermosa Kena Wall.

—¿Es malo procurar el bien de la humanidad, Shadko, amigo mío?

—Si es a costa de daños a otros, sí, desde luego...

—Son muy pocos. Los menos deben sacrificarse para que los más vivan mejor —protestó ella con energía.

—Los derechos de las minorías no deben ser sacrificados jamás a los beneficios de la mayoría.

—¡Tonterías! —dijo Kena despectivamente—. Aquí, en Rwador, estamos cuarenta o cincuenta mil personas, que trabajamos para que en la Tierra haya paz y felicidad continuas. ¿Cuál es el perjuicio que sufren los que están en Rwador?

—¿Quieres que te lo diga con toda sinceridad?

Ella dudó un instante. Luego, de pronto, dejó la copa y se irguió. A continuación, llevó las manos a los broches que sujetaban su túnica.

Shadko se enderezó en el asiento. Por un instante, creyó que Kena iba a despojarse de sus ropajes, pero lo que ocurrió fue que el tejido se hizo absolutamente transparente.

Bajo la túnica, Kena llevaba sólo unos minúsculos trocitos de tela blanca. Shadko abrió la boca un instante y luego se echó a reír.

—Apostaría algo a que el vestido es de seda polarizable —dijo.

—Seda de vidrio polarizable —concretó ella. Lentamente, avanzó hacia Shadko, se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello—. ¿No me encuentras atractiva? —preguntó, insinuante.

—Me siento... un caníbal, pero no he venido aquí a hacer el amor.

Kena le mordisqueó en una oreja.

—Hay un viejo aforismo que todavía sigue vigente —murmuró con voz cálida—. «Haz el amor, no la guerra...» Olvídate de todo, olvida tus proyectos...

—Tal vez, con una condición.

—Dime, querido,

—Ordena que pongan en libertad inmediatamente a una joven llamada Helga Vrandl.

Kena se puso en pie de un salto, con el pecho violentamente sacudido por rápidos espasmos y los ojos brillantes.

—¡Acabas de pedirme precisamente lo único que no te puedo conceder! —gritó.

Tranquilamente, Shadko se puso en pie.

—Entonces, tendré que hacer la guerra y no el amor —dijo.

* * *

Kena le miró con ojos llameantes.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué puede interesarte a ti esa mujer? —inquirió casi a voz en cuello—. Ah, ya, estás enamorado de ella...

—No es eso. Mis sentimientos hacia Helga son, simplemente, los de una buena amistad. Pero, precisamente por mismo, quiero que ordenes que la dejen libre.

—No, no puedo acceder, Shadko. Además, estoy segura de que has venido aquí para algo más que para pedir la libertad de esa mujer.

—Sí.

—¿Qué juego te traes entre manos? ¿Por qué no habías claro de una vez?

—Kena, es preciso suspender la extracción de «rwadorita» inmediatamente. Hay que destruir los satélites energéticos y sustituirlos por los que emplean el sistema Brown-Rivera. Si eso no se hace así, dentro de dos generaciones, habrá en la Tierra tantos monstruos, que parecerá que vivimos en un planeta de ciencia-ficción.

Kena abrió la boca estúpidamente.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —barbotó—. Los satélites de «rwadorita» han cambiado por completo la vida del hombre...

—En eso tienes razón: la han cambiado de tal modo, que sus descendientes, dentro de dos generaciones, insisto, no serán sino monstruos, horribles mutantes que acabarán por perder toda consciencia humana para convertirse en fieras. ¿O es que no sabes lo que se hace con muchas de las personas que viven en Rwador y a las que ya no se puede enviar a la Tierra? ¿Crees que es justo y humano que, por el beneficio de unos pocos, haya seres que deban ser incinerados como si se tratase de un montón de basura?

—Eso no es verdad...

—Lo he visto yo, Kena.

Hubo una contracción en las facciones de la mujer.

—Lo siento, Shadko —dijo—. Creí poder atraerte a mi bando, pero ya veo que no es así.

Kena retrocedió unos pasos y apoyó la mano en determinado punto de la pared.

—Es inútil que llames a tu guardia —sonrió él—. Cuando llegué, lo primero que hice fue desconectar todos los sistemas de comunicación. Estás aislada en tus habitaciones.

De súbito, Kena echó a correr hacia la puerta. Shadko, más rápido, le cerró el paso.

—Déjame...

Shadko golpeó el estómago de la mujer. Kena cayó sentada, con las lágrimas en los ojos.

—Destruiré los satélites de «rwadorita» —dijo él con voz firme—. Pero antes, no sólo liberaré a Helga, sino que averiguaré por qué nadie ha protestado jamás de lo que sucede aquí, y por qué nadie, cuando vuelve a la Tierra, los pocos que lo consiguen, cuentan las cosas tan horribles que suceden en Rwador.

—¡No lo conseguirás! —gritó Kena, descompuestamente.

Shadko sonrió.

—Veremos —dijo. Dio una vuelta a la llave y se la echó al bolsillo—. Lo siento, pero ahora estamos en guerra.

—¡Espera un momento! —exclamó Kena, ya en pie—. ¿Para quién trabajas?

—Es cierto, lo había olvidado. Soy un agente de la organización AR.

—¿AR? ¿Qué significa?

—Anti-Rwador.

—Un grupo de chiflados...

—Un grupo de personas que desean que sus descendientes sean sanos física y mentalmente. Todavía hay tiempo para que los médicos y científicos destruyan los efectos que la «rwadorita» haya podido causar en los organismos terrestres, pero si esta situación se prolongase solamente una docena de años, la situación se tornaría irreversible. Esos satélites deben ser

destruidos.

—No lo conseguirás...

—La AR no es un grupo político, no lucha contra vosotros, en sentido político estrictamente dicho. La AR lucha contra lo que es, representa y realiza la UPEC, entiéndelo bien de una vez —concluyó Shadko, rotundamente.

Kena guardó silencio. Shadko se puso el arnés del propulsor y, unos segundos más tarde, salía a través del gran ventanal de la sala y desaparecía en la noche.

CAPÍTULO VII

Cuatro días más tarde, cuando caminaba tranquilamente por una de las calles de Rwador City, un hombre de uniforme negro se le acercó y dijo:

—Usted es Shadko Rummer.

—Sí.

—Lo siento, pero tengo orden de detenerle.

—Está bien.

El guardia agitó la mano y un compañero se le unió inmediatamente. Segundos más tarde, Shadko entraba en un aeromóvil policial.

Un cuarto de hora después, se hallaba ante la presencia de un oficial.

—Soy el capitán Durney —se presentó el oficial—. Hay órdenes de arresto contra usted.

—Lo sé —dijo Shadko, sin inmutarse.

—En realidad, no se le hará ningún daño. Lo único que queremos es que cumpla con los seis meses de trabajo obligatorio en la mina. Pasado ese tiempo, quedará en libertad. Podrá volver a la Tierra o solicitar la residencia en Rwador.

—Muy bien.

Durney tocó un timbre. Un sargento se presentó inmediatamente.

—Lleve al señor Rummer a reconocimiento médico —ordenó el capitán.

—Sí, señor.

El médico que debía examinar a Shadko era Ralph Henningan.

—Hola, Shadko.

—¿Qué tal, Ralph? ¿Estás resentido contra mí?

Hennigan sonrió de un modo extraño.

—No. ¿Por qué había de estarlo? —contestó—. ¿Quieres desnudarte?

—Claro.

El reconocimiento fue muy breve.

—Tienes una salud de toro, Shadko. Ya puedes vestirte —dijo Henningan, cinco minutos más tarde—. Ya verás, en la mina no se pasa tan mal. Se puede salir los festivos y, hasta si hay un motivo que lo justifique, se conceden permisos en las jornadas de labor. La comida es muy buena y abundante, los alojamientos cómodos y hay una biblioteca muy bien provista, además de los programas de televisión. Cuando hayas terminado tu período de seis meses, te pagarán treinta mil «mundólares». Una bonita suma, me parece, Shadko. Ah, y además, si deseas volver a la Tierra, el pasaje será gratuito.

—Ralph, lo pintas tan bien, que me estoy llamando idiota por no haber ido antes a la mina —sonrió el joven.

—No es tan malo como piensas. Ya ves, aquí me tienes, tan campante...

Shadko dio un par de palmadas en la espalda del médico.

—Tienes un aspecto realmente magnifico —elogió.

Henningan abrió la puerta.

—Ya pueden llevárselo —ordenó al policía de guardia.

Una hora más tarde, el aeromóvil en que viajaba Shadko se posó en la explanada central de la mina. Un hombre acudió a recibirles con una carpeta en la mano.

—Shadko Rummel, número 9331, Grupo EX-53 —dijo el guardia—. Trasladado para el período obligatorio de seis meses de trabajo.

—Está bien —contestó el capataz—. Yo me llamo Norton.

—Tanto gusto, señor Norton —dijo Shadko tranquilamente.

—Lo primero que vamos a hacer con usted es someterlo a desinfección. Después le indicaré su alojamiento y se le entregará un folleto con normas de trabajo. —Norton consultó el papel sujeto con una pinza a la carpeta que tenía en las manos—. Según el informe que me han anticipado, usted tiene la profesión de dibujante.

—Quería ser pintor, pero tuve que agarrarme a los lápices en una agencia de publicidad —sonrió Shadko.

—Bueno, las máquinas que usamos aquí no son tan complicadas como parece. Prácticamente, ellas lo hacen todo…, pero ya le asignaremos mañana un puesto en la mina. Y ahora, por favor, venga conmigo.

Norton se llevó al joven y lo situó ante el barracón que Shadko había visto días antes.

—El proceso de desinfección se realiza por rayos ultravioleta —explicó—. Basta que abra esa puerta y se deje llevar por la acera deslizante que sustituye al suelo. Será cosa de un cuarto de hora, aproximadamente. La otra puerta se abrirá automáticamente, apenas haya terminado la operación.

—Sí, señor.

—Bien, entre.

Shadko asió el tirador y abrió. Pasó al otro lado y se encontró en una especie de túnel, débilmente iluminado por un tenue resplandor rojizo.

* * *

La puerta se cerró a sus espaldas. Súbitamente, la luz roja aumentó de intensidad, pero, al mismo tiempo, viraba con rapidez hacia el azul, hasta convertirse en un intolerable resplandor blanco, que parecía atravesarle el cerebro.

Shadko se tapó los ojos con las manos, pero, a pesar de todo, la luz penetraba en sus retinas. De pronto, vio una serie de ondulantes rayas rojas que surgían del fondo del túnel, avanzando hacia él con tremenda velocidad.

Parecían lenguas de fuego y, durante unos segundos, se sintió aterrado. Iba a morir abrasado, pensó.

Las cintas rojas cambiaron de color: ahora eran amarillas, pero en seguida se hicieron verdes. Y cambiaron muy rápidamente. Un segundo

después se hicieron azules, luego violetas, púrpura a continuación, anaranjadas...

Al mismo tiempo, le parecía que oía un ruido atronador, como si alguien tronase mil imprecaciones desde una distancia inconmensurable. No obstante, si era una voz humana, sus palabras le resultaban absolutamente incomprensibles.

De súbito, las cintas estallaron en miríadas de chispazos de todos los colores, que aparecían v desaparecían en rapidísima sucesión, componiendo infinidad de figuras geométricas de todas clases, que se superponían en ocasiones, sin permitir apenas identificar sus contornos. Triángulos, cuadrados, rectángulos, estrellas de numerosas puntas, círculos, espirales que giraban velozmente en ambos sentidos... Todo era una fascinante aunque aterradora sinfonía de color y sonido, pero si los colores resultaban morbosamente atractivos, el ruido, en cambio, no tenía nada de musical y resultaba desgarrador y repulsivo en sumo grado.

El tiempo le pareció infinito, pero, de súbito, cesaron los sonidos y los colores desaparecieron, siendo sustituidos por el primitivo resplandor rojo, nada hiriente para las retinas. Segundos más tarde, se abrió la otra puerta y Shadko se encontró en el exterior.

Norton apareció ante sus ojos, sonriendo con expresión benevolente.

—Venga, muchacho —dijo—. Primero le enseñaré el alojamiento que le ha sido asignado. Después, le presentaré al jefe de su sección, el cual se encargará de buscarle un trabajo adecuado a sus conocimientos. Por cierto, ¿qué tal, se siente?

—Perfectamente, señor.

* * *

Hombres y mujeres disponían de alojamientos separados, aunque en las horas libres, no había ninguna restricción a que las personas de ambos sexos pudieran reunirse según sus gustos y aficiones. Al día siguiente de su llegada, Shadko, discretamente, buscó a Helga.

No tardó mucho en encontrarla. Estaba en la biblioteca, sentada ante una mesa de lectura, con un libro delante de los ojos.

Shadko eligió otro libro y se sentó a su lado.

—Hola, Helga.

Ella volvió la cabeza un instante.

—Hola —saludó con fría cortesía.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, la estancia en la mina es muy agradable.

—¿No sientes deseos de fugarte?

—Debo cumplir seis meses de trabajo obligatorio.

Shadko captó una nota inexpresiva en la voz de Helga. Ella respondía

mecánicamente, sin apenas inflexiones en la voz. Shadko, sin embargo, no hizo el menor comentario al respecto.

—Tú eres Helga Vrandl.

—Sí.

—Yo me llamo Shadko.

—Tanto gusto, Shadko.

—Helga, ¿no me conoces?

Ella volvió la cabeza.

—Por favor, ¿quieres dejarme leer en paz?

Los ojos de la muchacha carecían de expresividad. En sus pupilas no había el menor brillo.

—Siento haberte molestado —dijo él.

Helga volvió sus ojos al libro. Shadko simuló abstraerse en la lectura del suyo.

En realidad, estaba concentrado en sus pensamientos. Ahora ya sabía lo que sucedía.

Se preguntó cómo evitarlo, cómo podía deshacer lo que habían hecho.

La respuesta era imposible por el momento. Helga estaba acondicionada mentalmente, lo mismo que los guardias, los oficiales, los capataces... Todo el mundo estaba acondicionado en Rwador.

Excepto unas pocas personas, precisamente las situadas en la cúspide de aquella pirámide de horror e ignominia.

Alguien había construido un camino, por el cual pensaba llegar al punto más alto en el dominio de las gentes. Un camino sembrado de destrucción de las mentes primero y de muertes después.

¿Podrían desandar algún día aquel camino los que habían sido colocados en él, en aquella ruta de la destrucción mental y física?

—Desandar el camino...

«El que viaja por una carretera ve el paisaje de una forma, pero si hace el viaje en sentido diametralmente opuesto, lo contempla de un modo también opuesto. Lo que antes estaba a su izquierda está ahora a la derecha y viceversa», pensó.

«Desandar el camino», se repitió.

¿Por qué no?

Pero había que buscar la forma de hacerlo sin riesgos..., y aun así, no era seguro de que el plan diese resultado. Sin embargo, y a falta de otros medios, que no podría conseguir por sí mismo, tenía que intentarlo.

Provocar una revuelta entre los mineros era imposible, por lo absurdo de convencer a quienes estaban acondicionados para actuar con determinadas reacciones. En apariencia, todo el mundo se movía con absoluta normalidad, pero la realidad era que todos cuantos había allí eran muñecos, que obedecían las órdenes de alguien situado en un lugar muy elevado.

A pesar de todo, lo intentaría. Y no se dejaría a Helga en aquel infernal agujero.

Mientras simulaba leer, empezó a pensar en la forma de mejor ejecutar la evasión.

A las diez de la noche, las luces oscilaron un par de veces.

Un altavoz emitió una orden, de suaves tonos:

«Es la hora de descansar. Procuren dormirse.»

Los mineros se dirigieron a sus alojamientos. Cada uno de ellos era para cuatro personas.

Minutos más tarde, los tres acompañantes de Shadko dormían profundamente. Shadko había pasado una sola noche en aquel lugar, pero ya sabía que los tres hombres dormirían como leños hasta el amanecer.

A precaución, dejó pasar un par de horas. Luego se vistió y caminó hacia la ventana.

Sonrió para sí. Aquellas gentes estaban muy seguras de los trabajadores. Había luces encendidas, pero no se veía un solo vigilante.

«Nadie puede escapar», pensó.

Salvo él y Helga.

Abrió la puerta. Sin descuidar las precauciones, buscó los sitios menos alumbrados, hasta llegar al edificio donde se alojaban las mujeres.

Como el suyo, era un barracón de una sola planta y sección alargada. Había varias puertas, cada una de las cuales conducía a un corredor común, al que daban las puertas de los alojamientos.

Contuvo un reniego. El edificio era sobradamente largo para contener veinticinco habitáculos, lo que daba un total de cien mujeres trabajadoras. El número de hombres era aproximadamente igual. Los escasos guardias que había y el personal superior ocupaban alojamientos independientes.

No tenía otro remedio que abrir cada habitáculo, puerta por puerta. En el primero encendió la luz, pero las cuatro mujeres que allí había no se despertaron.

Ninguna de ellas era Helga. La tez canela y el pelo amarillo eran inconfundibles. Apagó la luz, cerró y siguió adelante.

Encontró a Helga en la puerta número siete, pero, aunque tocó su hombro, ella no se despertó.

CAPÍTULO VIII

Una oleada de incontenible cólera llenó el pecho de Shadko, aunque supo dominarse muy pronto. Ahora, más que nunca, veía claro el diabólico plan de algunas personas, para las cuales sus semejantes no eran sino carne de cañón.

«Aunque no estemos en una guerra propiamente dicha», agregó de inmediato.

Helga no se movía, a pesar de las sacudidas. Shadko apartó a un lado las ropas de cama y vio que ella estaba vestida simplemente con un camisón corto.

Buscó a derecha e izquierda. Sí, allí había un perchero del que pendían cuatro monos de color anaranjado vivo. En cada una de las prendas estaba el nombre y número de serie de la interesada. Los monos tenían también zapatillas incorporadas.

Para sacar a Helga, no había más que una solución. Confiaba en que ella no se enfadase más tarde.

—Voy a tener que portarme con ella como si fuese una niña de pocos días —sonrió, mientras después de haberla sentado en la cama, le pasaba el camisón por encima de la cabeza.

Luego, con notables dificultades, tuvo que ponerle el mono. Al fin, estuvo vestida y la cogió en brazos.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta. De pronto, cuando ya iba a salir, se le ocurrió una idea. Sí, ¿por qué no probarlo?

Pegó los labios al oído de la joven y, aunque en tono bajo, dijo enérgicamente:

—Helga Vrandl, le ordeno que despierte. ¡Despierte, es una orden!

Ella abrió los ojos en el acto.

—Sí, señor.

Shadko la depositó en el suelo. Helga ya podía mantenerse en pie por sí sola.

—Sígame.

—Bien, señor.

Shadko tiró de su mano hacia la puerta más próxima. Abrió y, de repente, se encontró con que sus cálculos sobre la ausencia de vigilancia nocturna estaban equivocados.

Había un hombre que se paseaba por la explanada, bajo la brillante luz de los dos focos. No había ninguna duda de que era un guardia, debido a la pistola neurónica que pendía de su cinturón, harto visible.

Shadko meditó unos segundos. Era preciso eliminar al guardia, si querían salir de allí. Le repugnaba llegar a estos extremos, pero veía que no tendría otro remedio. Aquel desdichado, sin duda, no tenía la culpa de lo que sucedía;

era un simple tornillo en un infernal engranaje..., pero habría recibido órdenes estrictas y las cumpliría aun a costa de su propia vida.

Helga estaba a su lado, completamente inmóvil. Shadko se volvió.

—Quieta, no se mueva —ordenó.

—Sí, señor.

Shadko abandonó el barracón y se deslizó sigilosamente a un lado, procurando en todo momento dar la espalda al guardia. De pronto, su pie derecho tropezó con algo.

Bajó la vista. Aquella piedra, se dijo, podría ser el arma que necesitaba.

La piedra voló por los aires segundos después. El guardia se desplomó fulminado.

Shadko corrió hacia él y arrojó el pedrusco a lo lejos. Puso la mano en el pecho del sujeto y, con satisfacción, observó que respiraba normalmente. El golpe sólo le había originado la pérdida del conocimiento.

Sin embargo, era preciso ganar el mayor tiempo posible. En la mina no se pasaba lista por las mañanas, dado que sus dirigentes suponían que no podía faltar ningún trabajador. Pero si encontraban al guardia caído casi en el centro de la explanada, podrían recelar algo.

El hombre pesaba bastante, pero Shadko estaba bien entrenado. Después de cargárselo al hombro, lo llevó hasta un edificio de planta y piso que había visto a su llegada y que suponía se hallaban las oficinas. Para llegar al primer piso había una escalera exterior, que daba a un balcón en voladizo. Shadko dejó al guardia junto al arranque de la escalera, con una pierna doblada y el pie de la otra en el primer peldaño. De este modo, cuando le viesen, creerían que se había caído por la escalera.

Acto seguido, regresó junto a la muchacha.

—Helga, venga.

Ella le siguió mansamente. Shadko la condujo hasta la entrada del barracón de desinfección, situándola ante la puerta por la que salían todos los recién llegados.

—Entre —ordenó.

Ya había abierto la puerta. Helga dio un par de pasos.

—Quédese ahí y déjese llevar por la acera deslizante —indicó a continuación. Cerró la puerta y corrió a situarse en el otro extremo, junto a la puerta por la que se entraba en aquel singular edificio.

Los quince minutos que transcurrieron se le antojaron interminables. De pronto, vio que Se abría la puerta.

Helga le miró con ojos extraviados.

—Shadko —murmuró.

—Al fin —exclamó él, lleno de alegría.

Helga dio un paso hacia adelante, pero, de pronto, exhaló un profundo suspiro y empezó a caer. Shadko, sin embargo, tuvo el tiempo suficiente para alargar los brazos y evitar que chocara contra el suelo.

* * *

Era ya de día claro cuando Helga abrió los ojos y miró estuporosamente a su alrededor. Con gran asombro, oyó ruido de agua y percibió olor de plantas y flores silvestres. También captó olor a leña quemada.

De pronto, vio a Shadko que aparecía ante ella, con un pez de buen tamaño, ensartado en un palo. Los labios de Shadko se distendieron en una amplia sonrisa.

—Hola —dijo.

—Esto no es la mina —murmuró ella.

—No. De nuevo estamos en el bosque. He conseguido rescatarte de allí. Previamente, había escondido un par de propulsores individuales, aunque tú hiciste el viaje completamente sin sentido. Pero eso es lógico, después de lo que has pasado.

Helga se puso una mano en la frente.

—Me parece... Tengo la mente embotada, algodonosa...

Shadko se acuclilló frente a ella.

—No te muevas por ahora, —Sacó de su bolsillo unos tallos de hierba y se los dio—. Come un poco de «kiawdona»; te sentirás mejor.

—Gracias. —Tras ingerir la hierba, Helga hizo una pregunta—: ¿Cómo conseguiste sacarme de la mina?

—Es un poco largo de contar, aunque debes saber que yo hice cuanto pude para que me detuvieran. Costó algunos días, porque los policías, no se podían imaginar siquiera que pudiera pasearme tranquilamente por la ciudad, pero tampoco podía provocarlos de una forma directa para que me arrestasen, porque entonces hubieran entrado en sospechas. Claro, al detenerme, lo único que pensaron fue que era un tipo demasiado osado.

Helga se sentía ya un poco mejor, gracias a la «kiawdona» y se incorporó sobre un codo.

—No recuerdo haberte visto en la mina...

—Apostaría que no recuerdas nada de la mina, a partir del momento en que te hicieron entrar en el barracón de la desinfección.

—Sí, es cierto. No sé qué ha sucedido después, pero me resulta incomprensible.

—Helga, ese barracón no desinfecta nada, a menos que se considere que dejar la mente como ellos quieren sea una desinfección psíquica. En ese lugar se acondiciona la mente de los mineros.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—Increíble —dijo.

Shadko habló durante largos minutos, explicándole cuanto sabía y las conclusiones a que había llegado. Al terminar, Helga exclamó:

—¡Pero, entonces, Rwador es un mundo de alienados, Shadko!

—Excepto los situados en los puestos de mayor importancia y cuyo

número, lógicamente, debe de ser muy reducido.

—Shadko, yo he hablado con muchas personas en Rwador y ninguna de ellas me pareció que tuviese acondicionada la mente —objetó ella.

—Pienso que el acondicionamiento es distinto, según el puesto que ocupa cada cual. Así, a un policía se le hará que actúe según las normas de su profesión, lo cual, lógicamente, no excluye unas bases mínimas de acondicionamiento general. Por eso, los que vuelven a la Tierra, cantan tantas alabanzas de Rwador y de su sistema de vida. Helga, si aquí se viviese tan bien como se dice, ¿no crees que la emigración terrestre sería intensísima? Pero no; vienen muy pocas personas, todas ellas bien seleccionadas y sin que los cupos de inmigrantes admitidos rebasen una determinada cifra anual. En resumen, no les interesan las multitudes, porque así como ahora pueden dominar fácilmente a cuarenta o cincuenta mil personas, su tiranía se derrumbaría por sí sola si ese número se aumentase excesivamente.

—Hay algo que no entiendo, Shadko. En la Tierra hay un gobierno...

—Y ese gobierno está compuesto por políticos, muchos de los cuales deben su puesto a poderosas empresas, una de ellas la UPEC. En resumen, Rwador es un feudo de la UPEC..., como otros planetas lo son de distintas compañías. Pero los productos que se obtienen en esos otros planetas no son tan malignos como la «rwadorita».

—Ahora sí voy comprendiendo... De modo que me acondicionaron...

—Sí, entraste en aquel túnel y, durante quince minutos, infiltraron en tu mente las instrucciones que debías seguir no sólo para tu trabajo, sino para el resto de tu estancia en Rwador. Incluso estabas acondicionada para el regreso a la Tierra, al objeto de que no pudieses contar sino lo que ellos querían que la gente escuchase... y así, hasta el final de tus días.

—Es horrible —se estremeció ella—. Pero ¿cómo has conseguido eliminar de mi mente ese acondicionamiento? ¿Cómo me has vuelto a la normalidad?

Shadko sonrió ladinamente.

—Todo camino tiene dos direcciones. Puedes recorrerlo, por ejemplo, de Norte a Sur, pero si lo recorres de Sur a Norte, desandas lo andado —respondió significativamente.

—Entonces, si se entra en el túnel por la puerta de salida...

—Entonces, el acondicionador, llamémosle así, se convierte en desacondicionador.

—Pero tú tuviste que entrar en ese túnel.

—Sí, entré y salí, pero no necesité desandar el camino, como tú.

—Explícame. ¿Cómo pudiste resistir la hipnosis?

Shadko se lo explicó. Helga, atónita, se quedó silenciosa unos momentos.

—Eres un tipo fantástico —dijo—. Pero ahora tienes que decirme algo.

—Desde luego.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos seguir eternamente en el

bosque... ¿O sigues con tu primitiva idea de sobornar al capitán de la astronave?

—Quizá ya no pueda hacerlo, pero, en todo caso, nos colaremos como polizontes. Antes, sin embargo, tenemos que hacer algo mucho más importante.

—¿Puedo saber qué es, Shadko?

—Sí, asaltar la estación de radio subespacial y enviar un mensaje.

Shadko se puso en pie.

—Y ahora —añadió, sonriendo—, sigue donde estás, mientras yo me ocupo de limpiar este pescado y de asarlo, para que puedas llenar el estómago satisfactoriamente.

—Shadko, recuerda los ciempiés gigantes —se alarmó la joven.

—No los olvido, pero, precisamente, estamos en una zona de bosque donde, según mis informes, esos animales son prácticamente desconocidos. Sigue tranquila y no te preocupes de más.

Helga se recostó nuevamente en el suelo y apoyó las manos en la nuca. Sentíase infinitamente mejor, ahora volvía a ser de nuevo un ser libre, pero, a pesar de todo, aún notaba cierto vacío en su mente. Eran las secuelas del que, no cabía la menor duda, era un violentísimo acondicionamiento de la mente.

Cuarenta, cincuenta mil personas..., obedecían las órdenes de unos desalmados y se conducían como robots sin alma. Y todo porque una todopoderosa empresa pudiera seguir dominando el mundo.

De repente, recordó algo.

—Shadko —llamó.

—Dime —contestó él desde la hoguera.

—Cuando se han cumplido los cinco años, la gente puede volver libremente a la Tierra. Contarán lo que ellos quieran, pero... ¿por qué tuvieron que incinerar a Parr?

—Parr había decidido quedarse aquí, eso es todo lo que sé. Pero ya lo averiguaremos, no te preocupes.

Silbando alegremente, ensartó el pez en un palo y lo situó sobre las llamas.

* * *

La estación de radio subespacial, que permitía comunicaciones instantáneas con la Tierra, destacaba claramente en las sombras, recortándose sobre la cumbre de la loma. Un cuadrado de luz indicaba que en su interior había alguien recibiendo y transmitiendo mensajes.

A un lado del edificio, se veía la altísima torre, rematada por la bola facetada, de más de quince metros de diámetro. Aquella bola era realmente el emisor y sus facetas se encendían y apagaban con sorprendente rapidez, lo que, para Shadko, era indicio seguro de que el operador estaba transmitiendo

un mensaje a la Tierra.

La torre tenía una altura superior a los doscientos cincuenta metros. Shadko sabía que en el espacio había estaciones repetidoras, que funcionaban automáticamente, todas ellas situadas en lugares estratégicos. Un mensaje podía llegar a la Tierra, pese a que estaba a más de cuarenta años luz, en cuestión de segundos.

Durante largo rato, esperó, tendido en el suelo. Helga estaba a su lado. Ambos habían dejado pasar una semana, a fin de adormecer un tanto la vigilancia de la policía. Realmente, apenas si quedaban ya diez o doce días para la llegada de la astronave que debía llevarlos de vuelta a la Tierra.

La luz del cuarto de comunicaciones se apagó de pronto. Un hombre salió fuera, estiró los brazos y bostezó aparatosamente. Al cabo de unos minutos, se fue hacia un edificio contiguo. Una luz se encendió y se apagó a los pocos momentos.

—Iremos dentro de una hora, cuando el tipo esté dormido —dijo Shadko a media voz.

—Ese no recibe instrucciones para dormirse, como nosotros —murmuró Helga.

—Ya las recibió a su tiempo. Ahora su mente está casi normal, excepto que, cuando vuelva a la Tierra, sólo contará lo que ellos le hayan permitido.

Helga asintió en silencio. Terrible, se dijo, un plan diabólico, ideado para el beneficio de unos cuantos y que duraba ya hacía muchos años. ¿Qué secuelas acarrearía para los que habían permanecido en Rwador los cinco años que exigía el contrato?

Con aquellos pensamientos, se le pasó el tiempo casi sin sentirlo. De repente, sobresaltada, notó que Shadko le golpeaba en el costado con el codo.

—Es la hora —dijo él—. Vamos.

Helga se puso en pie y avanzó resueltamente hacia la estación de radio.

CAPÍTULO IX

Shadko abrió la puerta de la estación y encendió las luces. Inmediatamente, se fue a la consola de comunicaciones.

Helga vio que el joven se movía allí como pez en el agua, Entonces comprendió que Shadko era algo más que un jugador profesional.

De pronto, recordó algo.

—Shadko —dijo, a la vez que le ponía una mano en el hombro—, todas las emisiones quedan grabadas.

—Lo sé, pero también hay formas de enviar un mensaje sin que quede rastro —contestó él, sonriendo.

En la pantalla que había sobre la consola, Helga vio aparecer primero un nombre y una dirección en la Tierra. Luego leyó el mensaje:

«Cartas magníficas. He ligado una escalera de color.»

—Eso significa que lo sé todo —aclaró él.

—Muy bien, una clave excelente —sonrió Helga.

—Pero aún falta la segunda parte del mensaje.

La joven vio aparecer unas letras en la pantalla:

«Necesito raqueta para barrer la mesa. Indicaré hora de recoger ganancias.»

—Eso ya no lo entiendo —dijo Helga.

Shadko empezó a manipular en los instrumentos.

—Lo sabrás a su debido tiempo —contestó, evasivo.

Ella no insistió. Era fácil saber que Shadko estaba en Rwador por motivos más poderosos que los de ganar unos miles con las cartas. El caso era, pensó, con un hondo suspiro, que todo saliese bien.

Al cabo de unos minutos, Shadko se puso en pie.

—Listos —dijo—. Ya no hay constancia de que he enviado el mensaje, salvo, naturalmente, para el receptor.

—No insistiré, pero me gustaría saber a qué se refiere la raqueta que necesitas —dijo la joven.

—En determinadas circunstancias, una raqueta actúa de la misma forma que una escoba —contestó Shadko maliciosamente.

Agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia la puerta. Pero, en el mismo instante, alguien la abrió desde el exterior.

—Será mejor que se queden quietos —dijo Fowker, pistola en mano.

Kena apareció a continuación. Detrás de ella, se veían media docena de

guardias uniformados.

—Parece que hemos llegado a tiempo —dijo la gobernadora.

Dos policías entraron y desarmaron al joven. Shadko, lo mismo que Helga, se vio esposado instantes después, con las manos a la espalda.

—Eres un tipo listo, Shadko —dijo Kena—. Claro que siempre lo fuiste, aunque no sé cómo ahora te ha dado por tener tantos escrúpulos. Sí, ya sé que me dirás que piensas en el futuro..., pero el presente también importa mucho, ¿no te parece?

—Cuestión de opiniones —contestó él serenamente—. Yo no podría dormir tranquilo, pensando en que mis nietos pueden ser unos mutantes. Todavía se está a tiempo de arreglar la cosa, pero si transcurren algunos años más, los niños que hoy tienen entre ocho y diez años, dentro de diez estarán en condiciones de engendrar hijos, cuyos genes habrán sufrido ya importantes mutaciones, las cuales, por decirlo así, harán «explosión» en la siguiente generación.

—Sí, ya sé que los de la AR son muy altruistas, llenos de filantropía y derritiéndose de amor a la humanidad —dijo Kena burlonamente—. Pero el progreso...

—No somos enemigos del progreso, aunque lo creas. Hay otras formas de proporcionar energía a la Tierra, sin necesidad de contaminar radiológicamente a las personas. Pero éste es un problema político, conocido por todos y que no vamos a discutir ahora, ¿verdad?

—En eso tienes razón, Shadko. Es curioso, te llevaron a la mina, pero, no sólo supiste resistir al acondicionamiento, sino que, además, conseguiste liberar a esta preciosa muchacha. ¿Cómo lo hiciste?

—Puedes comprender fácilmente que no te lo voy a decir, Kena. Cada persona tiene sus secretitos, ¿no?

Ella seguía sonriendo, mientras le contemplaba de hito en hito. Súbitamente, alargó la mano, asió un puñado de pelo de la cabeza de Shadko y dio un fuerte tirón.

Una peluca se separó del cráneo, que apareció con su pelo natural, aunque cortado casi al rape. Kena, con el ceño fruncido, examinó el armazón de la peluca.

Los pelos estaban adheridos al forro interior en la forma normal, pero debajo había una red de finísimos hilos de cobre, muy tupida, la cual cubría, una vez puesta, todo el cráneo de Shadko, desde la frente a la nuca y hasta las orejas y sienes por los lados. El tamaño de las mallas era tan pequeño, que apenas se distinguían a simple vista, ya que había cinco o seis hilos por milímetro cuadrado.

Sonriendo, Kena alzó levemente la peluca con la mano izquierda.

—Un ardid muy inteligente. ¿Cómo sospechaste que el barracón de desinfección no era tal?

—El capataz que aguardaba a la salida no esperaba ciertamente con toallas y ropas nuevas —contestó Shadko.

—Muy inteligente, pero esto ya no te servirá. —Kena retrocedió un paso —. Llévenselos —ordenó.

* * *

Las horas transcurrían lentamente en la celda que había sido conducido después de su detención. Era un cubículo de tres metros de ancho por cuatro de largo, de paredes de tonos suaves, hechas de una sustancia que no sabía identificar, y en la que el único mobiliario era la cama.

Shadko no tenía más que dos soluciones: tenderse en la cama o pasear. Pero a las cuatro vueltas, se hartó del papel de león enjaulado y se tendió, con la vista fija en el techo.

Se preguntó qué proyectos tendría Kena. Imposible saberlo; era una mujer sobradamente astuta para no dar a conocerlos sino hasta el momento en que se pusieran en práctica.

Por la noche, lo calculaba a ojo, ya que le habían despojado de todo cuanto llevaba encima, dejándole simplemente con un traje de una sola pieza, un guardia entró y le dejó un plato, lleno de una sopa muy espesa. Con el plato venía una cuchara.

—No se distraiga. Dentro de media hora, plato y cuchara se disolverán por sí solos y si para entonces no ha comido, tendrá que lamer el suelo.

El hombre lanzó una ruidosa carcajada y se marchó. Shadko arrimó la nariz al plato.

—No huele mal —murmuró.

A fin de cuentas, pensó, le convenía conservar sus fuerzas. La sopa le reconfortó notablemente. Al terminar, dejó el plato y la cuchara en el sumidero. Luego bebió un poco de agua del grifo del lavabo. Tuvo que hacerlo directamente, ya que ni siquiera tenía vaso.

La luz se atenuó una hora más tarde, aunque no se apagó del todo. Shadko, a fin de cuentas, había pasado la noche anterior en vela y tenía sueño. Apenas cerró los ojos, se quedó dormido.

De repente, cuando había transcurrido un tiempo que no supo calcular, oyó una voz:

—Shadko, soy Kena. Tengo que hablar contigo. Basta que contestes en tono normal, yo te oiré perfectamente. ¿Has entendido?

Shadko se sentó en la cama, frotándose los ojos. ¿Cuánto tiempo había dormido?, se preguntó.

—Estoy listo —dijo.

—Sé que has enviado un mensaje. Creía haber llegado a tiempo, pero me equivoqué. Hemos averiguado la existencia de ese mensaje, aunque no su contenido; supiste manipular muy bien en los aparatos de la estación de radio subespacial. Borrar una grabación es algo que se puede hacer, pero siempre queda un espacio en blanco, que no se puede eliminar, debido a que esa cinta

se encuentra en una caja herméticamente cerrada. Quiero conocer el contenido de ese mensaje.

—Lo siento. No puedo decírtelo.

—Shadko, no seas imbécil. Tu obstinación no te servirá para nada. Podemos averiguar lo que nos interesa…

—No hablaré, Kena. Es inútil, no te molestes.

Se oyó una risa estridente.

—Shadko, a ti no te vamos a torturar, por supuesto —dijo ella—. Sé que eres un hombre de una tremenda fortaleza física y que resistirías mucho. Pero quizá pienses de otro modo dentro de unos minutos. ¡Mira!

Un lienzo de pared se iluminó de repente, como una pantalla de televisión, de metro y medio de lado. Helga apareció en una habitación análoga a la suya, paseándose con aire nervioso.

—Tú eres un caballero y no consentirás que ella sufra el menor daño, ¿verdad? —dijo Kena.

Shadko apretó los labios.

—Lo siento, Kena, la vida de una sola persona no tiene ninguna importancia cuando hay miles de millones de vidas humanas en juego. No hablaré.

—Está bien, tú te lo has buscado. Pero ella, si sobrevive, te maldecirá eternamente. ¡Abre bien los ojos!

La puerta de la celda donde se hallaba Helga se abrió. Un hombre entró y ella se volvió para mirarle.

El sujeto era gigantesco, terriblemente corpulento, de cejas muy espesas y frente deprimida, casi simiesco. Helga adivinó algo horrible y retrocedió poco a poco, hasta que su espalda chocó contra la pared.

De súbito, el hombre se arrojó sobre ella y le arrancó la ropa a puñados, dejándola completamente desnuda. Boquiabierto, Shadko asistió como espectador a una brutal violación.

De pronto, loco de ira, saltó hacia la pared y la golpeó furiosamente con los puños.

—¡Déjala, maldita sea! ¡Déjala, no consientas que la sometan a esas horribles vejaciones!

—Habla, Shadko —dijo Kena fríamente.

—No, no puedo... —jadeó él.

Helga quedó sobre la cama, terriblemente avergonzada, con las manos sobre la cara. Casi en el acto, entró otro sujeto, tan enorme como el anterior, y ejecutó el mismo acto repugnante.

—Te estrangularé —dijo Shadko—. Un día te ahogaré con mis propias manos, maldita...

—Quiero saber el contenido del mensaje —insistió Kena con voz glacial —. El baile no ha hecho más que empezar, querido.

Momentos después, los dos hombres cargaron en brazos con Helga, que aparecía casi sin sentido, y la sacaron de la celda. Un minuto más tarde,

Shadko vio que la joven era situada en otra habitación, algo más grande, en una de cuyas paredes había dos anillas a unos dos metros de altura.

Las anillas tenían una separación de unos dos metros. Helga quedó atada por las muñecas, con los brazos extendidos y los pies rozando apenas el suelo. Entonces uno de los esbirros sacó una afiladísima cuchilla y practicó la primera incisión en la tostada piel de la joven.

La sangre corrió hacia abajo en delgados hilillos Shadko pudo escuchar el aterrador alarido que emitió Helga al sentir el contacto del metal.

—Todo lo que está sucediendo es por tu culpa, Shadko —dijo Kena.

—Ella morirá, pero yo no hablaré. Y, a menos que me mates, un día, te lo juro, iré a buscarte para romperte el cuello. Dedicaré mi vida entera a vengar a Helga.

Kena volvió a reír. La tortura de Helga continuó.

Shadko se tapó los oídos para no percibir los horribles alaridos que lanzaba la muchacha. Si ella sobrevivía y un día podían reunirse de nuevo, ¿qué le diría? ¿Sería capaz de comprender sus motivos y perdonarle?

De pronto, cuando había pasado un tiempo que no supo calcular, oyó una voz bronca:

—Señora, creo que debemos suspender la operación. La paciente se ha desmayado.

Shadko, de espaldas a la pantalla, se volvió.

El aspecto de Helga era espantoso. Su hermoso cuerpo estaba cubierto de sangre. Hasta en los senos le habían sido hechas incisiones. La cabeza estaba doblada a un lado y era fácil ver que respiraba con dificultades. Bajo sus pies, aparecía una mancha extensa de sangre.

—Bien, déjenla durante unos minutos —dispuso Kena—, Luego continuaremos la labor.

—Sí, señora.

—Shadko, ¿has visto?

De súbito, el joven, enloquecido, se lanzó contra la pantalla de televisión. Rebotó con fuerza y cayó de espaldas. Mientras perdía el conocimiento, se dio cuenta de que la pantalla estaba protegida por un vidrio polarizable muy grueso. Luego, la oscuridad se hizo a su alrededor.

* * *

Las sesiones de tortura se prolongaron durante días y días. Shadko se dio cuenta de que Helga era mantenida con vida, a fin de forzarle a hablar. Pero, inevitablemente, habría de llegar el momento en que las fuerzas de la joven se agotasen por completo.

Shadko se hizo el propósito de sobrevivir. A pesar de que no sentía el menor apetito, consumía íntegramente la sopa que le daban tres veces al día. Era preciso que conservase todas sus energías para la venganza a que pensaba

dedicarse a partir de aquel momento.

De pronto, cuando menos lo esperaba —debía de haber transcurrido más de una semana—, se abrió la puerta y entró un oficial de la policía.

—Tengo órdenes de conducirle a la mina —dijo.

Shadko se puso en pie.

—Sí, señor —contestó respetuosamente.

—Vuélvase, vamos a esposarle.

El joven obedeció. No sabía cómo, pero forzaría su mente a resistir el acondicionamiento. La peluca construida sobre la red de hilos de cobre le había permitido mantener el cerebro limpio de aquella maligna hipnosis. En realidad, había sido una precaución tomada porque era un hombre precavido, pero ahora ya no contaba, con la protección de la red.

Sin embargo, sabía lo que iba a pasar y ahora estaba prevenido. Tal vez, aislándose psíquicamente, podría mantener la mente intacta.

Diez minutos más tarde, un aeromóvil policial alzaba el vuelo. Para su sorpresa, el aparato se detuvo en un lugar solitario, aunque a muy poca distancia de la mina.

Shadko fue obligado a apearse. Kena, vestida con un traje de una sola pieza, con una capa sobre los hombros, le miró sonriendo.

—Cuando llegues a la mina, te llevarás una gran sorpresa —dijo—. No soy tan mala como piensas, aunque puedes creerme que he de tomar mis medidas.

—Tienes un cuello precioso. Un día te lo romperé..., o quizá te lleve a la selva, para buscar un ciempiés gigante que ponga sus huevos en tu vientre.

Ella se echó a reír.

—No estás en condiciones de ejecutar tus amenazas —se burló cínicamente—. Esta vez no llevas puesta la red y, además, hemos preparado una grabación especial de acondicionamiento. Cuando hayas atravesado el túnel, no serás más que un pingajo..., aunque no harás solo esa travesía.

Kena movió la mano.

—Capitán, ya conoce su misión —concluyó.

—Sí, señora.

Shadko fue introducido de nuevo en el aeromóvil. Se preguntó qué podría significar la grabación especial a que se había referido Kena Seguramente, algo horrible.

Empezó a concentrarse. Debía reunir la mayor potencia posible de su mente, aumentar sus defensas psíquicas, a fin de resistir el horrible asalto a que iba a ser sometido su cerebro. Pero se sentía muy pesimista, porque claramente se daba cuenta de que Kena debía de haber preparado muy bien las cosas para conseguir el pleno éxito de su operación.

Un par de minutos más tarde, volvió a salir del aeromóvil. Entonces, sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

Helga estaba allí, en perfecta condición física, muy seria y preocupada, pero, aparte de ello, sin el menor rastro de los horribles tormentos a que había


sido sometida.

CAPÍTULO X

Helga corrió hacia él y le puso las manos en los hombros.

—Querido...

Shadko guardó silencio. Ella se sintió muy extrañada.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso estás viendo un fantasma?

Un guardia soltó las esposas. Shadko puso una mano en el brazo de la muchacha.

—Eres de carne y hueso...

—Sí, claro —rió ella. De pronto, se puso seria nuevamente—. Oh, querido, van a someternos de nuevo al acondicionamiento. Dicen que el que lo sufre por segunda vez, queda ya convertido en un despojo humano.

Alguien empujó a Shadko.

—Vamos, caminen los dos —ordenó el guardia.

Un hombre, con su tablero en las manos, salió al encuentro de los recién llegados.

—Dos nuevos operarios, a lo que veo —dijo.

—Sí —contestó el oficial.

—Está bien, capitán; déjelos, yo me encargo de ellos.

—Tengo órdenes estrictas...

—Puede acompañarnos hasta la entrada del barracón de desinfección, si lo desea —dijo el capataz.

—Desde luego.

Shadko estaba mudo de asombro. Conocía el rostro del capataz. ¿Cómo era posible que Tack Hondo estuviese allí?

Hondo guió al pequeño grupo hasta la puerta fatídica. Cuando se disponía a abrirla, cambió una mirada con Shadko.

El joven comprendió. No sabía cómo, pero habían ganado un amigo.

—Al salir por el otro lado, compórtense como robots —musitó Hondo.

La puerta se abrió. Shadko entró y sintió que el suelo se movía muy lentamente. Pero esta vez no hubo resplandor rojo al principio, ni luces de colores ni ruidos extraños... Sólo una oscuridad que, en aquellas circunstancias, le pareció altamente confortadora.

Un cuarto de hora más tarde, se abrió la otra puerta. Otro capataz apareció ante sus ojos.

—Sígame, le enseñaré su alojamiento.

—Sí, señor.

Shadko se movió como un autómata. La esperanza había renacido en su pecho. No sabía cómo había conseguido Hondo anular el acondicionador psíquico, pero lo cierto era que se encontraba en perfecto estado.

En cuanto a Helga, ahora comprendía que todo cuanto había visto no era sino el resultado de unas diabólicas sesiones de hipnosis. ¿Por qué no había

hecho Kena que todo se ejecutase de un modo real?

Momentos después, entraba en una habitación, idéntica a la que había ocupado días antes. El otro capataz le dio la orden de permanecer allí hasta que recibiese instrucciones sobre lo que debía hacer. Shadko contestó con un mecánico «Si, señor», y luego, al quedarse solo, lanzó un largo suspiro de satisfacción.

Ahora sólo era preciso aguardar a que Hondo viniera a libertarle. Porque lo haría, estaba completamente seguro.

* * *

La puerta de la habitación se abrió pasada la medianoche.

—Shadko.

El joven se puso en pie de un salto y apoyó sus manos en los hombros de Hondo.

—Amigo...

—No hables, sígueme —sonrió Hondo.

Los dos hombres abandonaron el barracón a la carrera. Cuando atravesaban la explanada, vieron a lo lejos dos siluetas que convergían sobre ellos.

—Cuidado —dijo Shadko.

—No temas. Son ellas —declaró Hondo.

Segundos después, Helga y Reva se reunían con ellos.

—Esto me parece un sueño —dijo la primera.

—Estamos todos despiertos —rió Reva—, Tack, ¿todo listo?

—Sí. Vamos.

Las dos parejas echaron a correr de inmediato. Minutos más tarde, Hondo se detuvo frente a unos matorrales.

—Hay cuatro propulsores individuales —anunció—. Shadko, ¿hacia dónde debemos ir?

—Faltan solamente veinticuatro horas para la llegada de la astronave. El mejor escondite es el bosque —respondió el interpelado.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

De repente, cuando ya se disponían a alzar el vuelo, se oyó en la mina un terrible alarido.

A unos cuatrocientos metros de distancia, un hombre se retorcía horriblemente, como torturado por unos verdugos invisibles. Algunos focos se encendieron y varios hombres empezaron a salir de los barracones.

Los gritos del desgraciado eran horripilantes. De súbito, todo su cuerpo se convirtió en una silueta de luz roja. Era como si, de repente, se hubiese convertido en una estatua de metal incandescente.

—¡Dios mío! —exclamó Helga—. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—Consecuencias de una exposición demasiado larga a la «rwadorita» —

dijo Hondo—. Pero ya hablaremos después sobre el particular. Ahora conviene que nos larguemos de aquí cuanto antes.

La confusión que reinaba en la mina sirvió para que nadie se percatase de las cuatro personas que alzaban el vuelo. Segundos más tarde, Shadko, Hondo y las dos muchachas, se perdían en la oscuridad de la noche.

* * *

—Reva y yo fuimos operados de inmediato. No éramos el primer caso y los cirujanos sabían muy bien lo que debían hacer —explicó Hondo, horas después—. A las veinticuatro horas de su puesta en un organismo vivo, humano o animal, los huevos de ciempiés gigantes emiten unos filamentos, por medio de los cuales consiguen las sustancias alimenticias que sirven para el desarrollo del embrión. Este necesita algo más que calor corporal para desarrollarse, pero, precisamente, ese mismo calor es el que provoca la emisión de los filamentos, en realidad, centenares de cordones umbilicales, de menos de una décima de milímetro de grosor. Cuando los filamentos han salido y alguno de ellos alcanzan un metro de longitud, la víctima ya no tiene nada que hacer, excepto dejarse comer viva.

—Hay algo que no entiendo —dijo Shadko—. Según mis informes, tú y Reva debíais estar acondicionados...

—Lo estábamos, en efecto, pero al operarnos, tuvieron que someternos a una completísima anestesia, que, debido a las características especiales de la intervención, duró casi una semana. Por el contrario, la convalecencia es rapidísima y a los tres días de cesar la anestesia, estuvimos de nuevo en condiciones de hacer una vida completamente normal. Pero es esa misma anestesia lo que eliminó el acondicionamiento de nuestras mentes, sin borrar el recuerdo de lo que habían hecho con nosotros. Reva y yo, sin divulgar el secreto, lo discutimos luego largamente y decidimos que era preciso hacer algo para ayudar a los que se encuentren en las mismas condiciones que nosotros.

—Para esto estoy yo aquí —dijo Shadko, ceñudo—, Tack, ¿qué le pasó a ese hombre que se incendió como si fuese una antorcha?

—Es la «rwadorita» —contestó Hondo—, En determinados organismos, produce estragos con increíble rapidez. Algunos de los médicos estudian estos casos, porque no todos los organismos resisten las radiaciones de idéntica forma. Lo máximo que se puede permanecer aquí es cinco años, después de haber trabajado los seis meses reglamentarios en la mina, pero, en ocasiones, el sujeto tiene una menor capacidad de resistencia a las radiaciones, lo cual, parece, no se descubre sino hasta que ya es demasiado tarde. De todos modos, el peligro real no comienza sino hasta que se han pasado cuatro años en Rwador.

—Los que se quedan aquí, después los cinco años, son incinerados —

dijo Shadko sombríamente.

Reva se estremeció.

—Es horrible —comentó.

—Nosotros presenciamos un caso de incineración —dijo Helga—. Pero lo que no sabemos todavía es por qué no funcionó el sistema de acondicionamiento psíquico.

Hondo sonrió maliciosamente.

—Cuando supe los nombres de los próximos trabajadores, preparé todo para que el sistema no funcionase. Es más, simulando hacer unas pruebas, lo destruí por completo. Ahora ya no atacará más a las mentes humanas.

—Todos, todos están aquí acondicionados —murmuró Shadko sombríamente.

—Sí —convino Hondo—. A cada uno se le acondiciona según el trabajo que debe desempeñar. Se vive y se actúa con plena normalidad, pero siempre mediante una planificación cuidadosamente estudiada. Los que llegan, por supuesto, lo ignoran todo, y cuando podrían saberlo, son persuadidos de que vayan a trabajar seis meses en las minas, donde son acondicionados. Ahora bien, como se tiene en cuenta la resistencia de la mente, el trabajo es incluso descansado, con máquinas de todas clases y una vida absolutamente normal, disponiéndose de los días libres que se tendrían en cualquier otro empleo. Como, además, se paga bien, los resultados son fáciles de adivinar.

—Sí, tenemos suficientes pruebas —convino Shadko—. Pero este sistema inhumano debe ser destruido.

—¿Cómo? —preguntó Reva— Tack y yo hemos podido darnos cuenta de que es imposible luchar...

—Lo único que tenemos que hacer es entrar en la astronave, antes de que regrese a la Tierra. Yo me encargaré del resto.

—Hay un mensaje que menciona una raqueta de mesa de juego. ¿Qué es lo que piensas barrer con esa raqueta. Shadko? —inquirió Helga.

—El sistema de satélites de energía de la UPEC.

Hondo meneó la cabeza.

—Hay más de cien... Si se uniesen por líneas rectas, formarían un colosal poliedro en torno a la Tierra y a unos treinta y seis mil kilómetros de distancia de la superficie. Es imposible destruir todos esos satélites. ..

—No soy yo sólo el que trabaja en este asunto. La UPEC es poderosa, pero no omnipotente. Sus dirigentes han llegado al punto máximo de su poderío y se han corrompido. Pudieron aliarse con otros, pero prefirieron seguir adelante, aun a costa de miles de vidas humanas y sólo por beneficios inmediatos, sin pensar siquiera en la visión del futuro. Cuando llegue el momento de utilizar la raqueta, todo estará listo para la destrucción de esos satélites.

—La Tierra se quedará sin energía —objetó Reva.

—No, no sucederá así. Todo estaba ya preparado desde hacía mucho tiempo, pero era preciso conseguir pruebas.

—No tienes ni un solo papel. Shadko —dijo Helga.

Shadko se tocó la frente.

—Cuando yo vuelva a la Tierra, un juez ordenará que se me interrogue bajo hipnosis y en presencia de acusados y acusadores, para mayor imparcialidad. Lo que declare entonces será considerado como prueba definitiva e irrefutable. Por supuesto, será una hipnosis bajo un control médico estricto, a fin de que en mi mente no queden secuelas posteriormente.

—Bien, pero ¿qué sustituirá la energía radiante de los satélites destruidos? —quiso saber Hondo.

—La energía solar —contestó Shadko con firmeza—. Es ilimitada, constante, no necesita de reposición de material energético y no emite radiaciones perniciosas. Las radiaciones de energía de la «rwadorita» no se producen absolutamente en línea recta, desde el espacio a las estaciones receptoras y distribuidoras, sino que hay una dispersión en forma de cono muy alargado, cuya base, en la superficie terrestre, tiene un diámetro de ocho a diez mil kilómetros. Los efectos de esa dispersión son apenas perceptibles, pero constantes, cosa que no sucede con las líneas de energía radiante procedentes del sol, que llegan a la Tierra con una dispersión que no alcanza a la diezmilésima parte de las otras. El transporte de «rwadorita» resultará inútil y no digamos su extracción y elaboración..., pero esto no se puede hacer, hasta que los informes se hayan hecho públicos.

—Eso significa que hay ya dispuestos satélites de energía, que aprovecharán la del sol.

—Así es. Habrá algunas semanas de incomodidades y molestias, pero todo volverá a la normalidad muy pronto.

—Shadko, hay algo que me preocupa —terció Hondo—. ¿Qué se hará con las gentes que viven en Rwador?

—Deberán ser sometidas a tratamientos. En cuanto a Rwador City, se trasladará al hemisferio opuesto, en donde, en cientos de millones de kilómetros cuadrados no hay el menor indicio de «rwadorita». Esta zona, en un radio de no menos de cinco kilómetros, deberá quedar absolutamente deshabitada.

—Me pregunto si esas pobres gentes conseguirán salvarse —dijo Helga con pesaroso acento.

Shadko meneó la cabeza.

—Algunos, en efecto, morirán..., pero la mayoría, puesto que regresan antes de los cinco años, conseguirán superar el período de curación.

—Hay culpables, Shadko.

—Sí, lo sé.

Sobrevino un instante de silencio. La conversación había tenido lugar en la copa de un árbol de gran altura. Shadko abandonó la rama en que había estado sentado hasta aquel momento.

—Es preciso buscar algo de comida —sonrió.

—Te acompañaré —se ofreció Helga—. ¿Hay «kiawdona»?

—Por supuesto.

Cuando estaban en el suelo, Shadko la abrazó estrechamente.

—¿Qué te pasa? — preguntó ella, asombrada.

—Vi que te hacían algo horrible... Tienes que dispensarme, querida.

—Bueno, me has salvado la vida...

—Pero tenía que haberte dejado morir, en el caso de que lo que me hicieron ver hubiera sido real. Ven y te lo explicaré.

Mientras caminaban, Shadko relató a la muchacha las horas de agonía que había pasado en aquella celda. Helga se estremeció.

—Nadie me tocó, aunque sí es cierto que me tuvieron más de una semana en el más completo aislamiento —dijo.

—Kena es muy lista. Si lo hubiera hecho en realidad, quizá tú habrías muerto muy pronto. Quería ablandar mi espíritu, pero tenía que resistir. ¿Me perdonarás algún día?

Helga le oprimió el brazo con gesto lleno de cariño.

—Hiciste lo que debías hacer —contestó sencillamente.

CAPÍTULO XI

La astronave se alzaba brillante bajo los focos del astropuerto, mientras, a su alrededor, los trabajadores se movían activamente en las operaciones de carga y descarga. Pequeños trenes de vagonetas, remolcados por un vehículo motor, llevaban incesantemente los cilindros que contenían los bloques de «rwadorita» que más tarde, debía ser consumida en los satélites de energía de la Tierra.

Al mismo tiempo, y por distintas compuertas, se descargaban las mercancías importadas de la Tierra, Situados en la zona de sombra, Shadko y sus acompañantes contemplaban calladamente las operaciones.

La «rwadorita» se colocaba en una gran bodega, situada en la parte posterior de la astronave.

—Siempre lo hacen así. A pesar de todo, la tripulación, el pasaje y la carga deben viajar aislados de la «rwadorita» —explicó Hondo.

—En mi opinión, la carga es excesiva —dijo Shadko.

—¿Por qué?

—Quizá Helga, como ingeniero, pueda decir algo al respecto.

—El único aislamiento efectivo contra un bloque de «rwadorita» es la distancia —dijo la aludida—. Ahí se acumulan bloque sobre bloque y podría producirse, pese a las precauciones, un exceso de radiaciones, que provocaría una explosión nuclear de increíbles proporciones. Es como cuando se tiene una habitación llena de oxígeno puro. Mientras hay tranquilidad, no sucede nada, pero la menor chispa, incluso la producida por un conductor de una centésima de milímetro de diámetro, que sólo puede admitir una corriente de amperaje apenas perceptible, una chispa, en fin, que ni siquiera podría ser apreciada por el ojo humano, podría causar la deflagración del gas y la consiguiente explosión.

—En el puente de mando hay detectores que marcan el límite de peligrosidad. Si la aguja llega al punto rojo, el capitán tiene orden de deshacerse de la carga. Toda una sección de la astronave se desprendería instantáneamente, junto con su carga de «rwadorita» —dijo Hondo.

Shadko se volvió, admirado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Durante un año, fui tercer oficial de vuelo. Luego me pareció mejor establecerme en Rwador durante una temporada. Yo estaba en condiciones de pilotar una nave de esa clase, pero, a veces, me siento un poco inquieto, me hormiguean los pies...

—Espero que Reva te ponga algo de cemento en esos pies —dijo Shadko, riendo.

Pasada la medianoche, la actividad cesó en el astropuerto. Hondo consultó su reloj.

—La nave zarpará al amanecer —dijo—. Debemos darnos prisa si queremos entrar en ella.

—No pierden mucho tiempo en Rwador, ¿eh?

—El negocio de la «rwadorita» no permite el sentimentalismo de las largas estancias en astropuerto. ¿Vamos?

El pequeño grupo se puso en movimiento. Hondo guió a sus acompañantes hasta una escotilla situada en el lado opuesto a la zona más iluminada.

—Está cerrada —observó Shadko con asombro.

Hondo movió la mano por la pulida superficie de la nave. A los pocos segundos, una compuerta se deslizó silenciosamente a un lado, dejando a la vista el interior de la esclusa, brillantemente alumbrado.

—Arriba —dijo.

Saltaron a la nave. Hondo cerró la compuerta exterior y manejó el mando de la compuerta interior.

Un hombre apareció de pronto ante los ojos de los cuatro intrusos.

—Eh, ¿qué diablos hacen aquí?

Un puño se disparó instantáneamente contra su mentón. El hombre se derrumbó fulminado. Shadko se chupó los nudillos.

—Espero que no me guarde rencor —dijo.

El vigilante quedó en la esclusa. Shadko no se olvidó de quitarle la pistola neurónica.

—Tack, tú eres nuestro guía —dijo.

—El capitán debe de estar en su cámara —contestó Hondo.

—Bien, vamos allá.

En los distintos corredores y niveles de la astronave remaba un profundo silencio. Shadko iba en cabeza, con la pistola a punto, pero era evidente que la tripulación descansaba, en espera de la hora de levantar el vuelo.

De pronto, Helga sintió ciertos escrúpulos.

—Shadko, ¿no sería mejor que esperásemos a hallarnos en el espacio? —consultó.

—No —fue la firme respuesta del joven—. El capitán podría sentir la tentación de lanzarnos fuera de la nave..., quizá no por propia voluntad, aunque si lo hiciera obligado por órdenes de alguien, me importaría muy poco. Prefiero ser yo el que de las órdenes, ¿comprendes?

—Está bien.

Minutos más tarde, Hondo se detenía ante una puerta.

—Aquí es —indicó.

Shadko leyó el rótulo:

«Capitán W. Digger.
Privado.»

—Bien, quizá le causemos un poco de insomnio, pero...

Sonriendo, abrió la puerta. Un hombre, medio sentado en la cama, con

un libro en las manos, les miró inquisitivamente.

—¿Quién les ha dado permiso para entrar aquí? —dijo.

Shadko enseñó su pistola neurónica.

—Capitán Digger, si está un poco ducho en historia de los medios de transporte, en especial los que se mueven lejos del suelo, recordará sin duda la nefasta época del siglo XX, cuando se producían con desagradable frecuencia los secuestros de aviones. Bien, ahora ya tiene experiencia directa de lo que es un secuestro de astronave.

La mandíbula inferior del comandante de la nave se aflojó en el acto.

—U...un secuestro...

—Exactamente, capitán —confirmó Shadko sin dejar de sonreír.

* * *

Bajo la amenaza de la pistola, Digger se vistió sin protestas. No obstante, cuando se disponía a salir de su cámara privada, dijo:

—Hay cincuenta tripulantes...

—Capitán, su vida depende de lo que hagan esos hombres —aseguró Shadko firmemente.

Digger suspiró.

—Sí, claro.

Inmediatamente, se dirigieron al puente, donde había un oficial de guardia. Shadko lo hizo apartarse de su puesto.

—Estaremos aquí hasta el momento del despegue —dispuso—, Tack, en alguna parte debe de haber armas.

—La llave está en poder del capitán —contestó Hondo.

Shadko se volvió hacia Digger. Resignado, el comandante de la astronave entregó la llave de la armería.

—Esto les va a costar muy caro, aunque ya me imagino que todos mis consejos al respecto son palabras perdidas —dijo.

Hondo y Reva volvieron a salir de la cámara.

—Capitán —sonrió Shadko—, me imagino que usted no sabe en realidad lo que sucede en Rwador. Por el momento, sin embargo, no puedo perder tiempo en explicaciones. Algún día conocerá la verdad y puede que entonces nos considere sus salvadores.

—Por ahora les considero como simples piratas —contestó Digger ásperamente.

—Está usted en su derecho al pensar así de nosotros.

Hondo y Reva volvieron minutos más tarde, cada uno de ellos armado con sendas pistolas neurónicas.

—El resto de las armas está a buen recaudo —informó Hondo.

—Muy bien, ahora vamos a dar comienzo a la segunda parte de nuestro plan. Capitán, ¿quiere conectar la red general de altavoces?

Digger le miró airadamente.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó.

—Despierte a la tripulación y ordene que se concentren todos en la sala de descanso. —Shadko alzó la pistola—, Capitán, estoy dispuesto a matarle si no obedece mí orden —añadió fríamente.

El rostro de Digger se tornó gris. Se acercó a una de las consolas y tocó una palanquita.

Inmediatamente, empezaron a sonar los timbres de la nave. Segundos después, Digger se llevó un micrófono a los labios:

—Habla el capitán. Escuchen, ésta es una orden urgente; reúnanse todos en la sala de descanso. Repito: todos deben reunirse en la sala de descanso.

—Más tarde recibirán explicaciones —apuntó Shadko en voz baja, y Digger repitió aquellas palabras—. Ahora, dígale al oficial de mayor graduación que le informe del cumplimiento de sus órdenes —agregó el joven.

Diez minutos más tarde, el segundo oficial declaraba que estaban todos en la sala indicada, a excepción de un vigilante.

—Ese ya sabemos dónde está —sonrió Shadko—.

Tack, tú ya sabes lo que debes hacer. Yo voy a llevar al capitán y al oficial de guardia con el resto de la tripulación.

—Está bien.

Minutos más tarde, Shadko volvía de nuevo a la cámara de mando.

—Bueno, el objetivo está conseguido —dijo—. Tack, ¿te sientes capaz de hacer despegar la astronave?

—Desde luego.

El enorme aparato se elevó lentamente desde el suelo. Shadko vio empequeñecerse la silueta de Rwador, a medida que ganaban velocidad. Al cabo de un buen rato. Hondo declaró que ya había conectado el piloto automático.

—Bueno, ahora es cosa de hablar con el capitán Digger y explicarle con toda claridad los motivos del secuestro —dijo Shadko—. Es posible que no quiera atender nuestros argumentos, lo cual nos obligará a tenerle encerrado hasta el momento de llegar a la Tierra.

—Tienes que ser muy elocuente —sonrió Hondo—. Digger es un oficial de la vieja escuela y, por mucho que hables, no conseguirás persuadirle.

—En tal caso, lo siento por él.

De pronto, cuando Shadko se disponía a abandonar el puente de mando, una lámpara centelleó vivamente en el cuadro de instrumentos.

—Eh, ¿qué es eso? —exclamó.

Hondo frunció el ceño.

—Alguien llama desde la bodega de la «rwadorita» —dijo.

Tocó una tecla y se llevó el micrófono a los labios.

—¿Quién es? —preguntó.

Una voz de mujer, fresca y clara, sonó en el acto:

—Quiero hablar con Shadko.

—¡Kena! —exclamó el aludido, completamente estupefacto por la presencia de la gobernadora a bordo de la nave.

* * *

La voz de Kena se dejó oír de nuevo:

—¿Shadko? ¿Estás ahí?

El joven se apoderó del micrófono.

—Sí, estoy aquí —contestó—. ¿Qué quieres?

—Eres un tipo listo, aunque menos de lo que piensas. ¿Sabes?, cuando supe tu evasión de la mina, me imaginé en el acto lo que pensabas hacer.

—Bien, has acertado, no cabe la menor duda. Ahora, por favor, dime qué haces tú en la nave.

—Es bien sencillo: quiero impedir que uses la raqueta.

—Ah, al fin te has enterado del mensaje.

—A veces, nuestro servicio de espionaje falla, pero suele ser muy eficiente.

—Sin embargo, no conoces el significado de esos mensajes.

—No, aunque ya me imagino que es algo contrario a los intereses de la UPEC. Tomaremos nuestras medidas, no te preocupes.

Shadko soltó una carcajada.

—Yo no he de preocuparme. Eres tú, Kena —respondió—, Pero ya no podrás evitar que el plan se cumpla hasta los más mínimos detalles.

—Quizá, pero, en todo caso, tú no lo verás.

—¿Cómo?

—Muy pronto lo sabrás..., pero quizá ya no tengas tiempo de enterarte. Es una lástima, Shadko, tú y yo juntos, ¡podríamos haber hecho tantas cosas!

—Sólo hicimos una bien, hace años, pero fue antes de enterarme de la clase de mujer que eres. No, gracias, no podría vivir con este peso en mi conciencia, por mucho que tú, con tus encantos y tu oro, quisieras aligerarlo. Todavía conservo un mínimo de decencia. ¿Sabes?, me acuerdo de los desdichados que van a las minas y que, a los tres o cuatro meses, son unos guiñapos. Nadie los ve, porque se los llevan antes a otra mina, en la que no se trabaja y en donde se les deja morir o se les incinera. El crematorio de basuras no es el único sitio donde se ocultan las pruebas de las cosas tan horribles que suceden aquí.

—Has averiguado demasiado para que te deje vivir, Shadko.

—Hasta los instrumentos de detección de las minas están trucados. Todos, todos tienen la mente acondicionada, según el trabajo que deben realizar. Cuando algún inmigrante llega a Rwador, se le «trabaja» hábil y constantemente, a fin de que haga seis meses en la mina..., y hasta se le lleva a que haga algunas visitas, a fin de que se convenza de que no hay riesgos, de

que todo se realiza con los máximos de seguridad; hay distracciones para las horas de descanso, bien comidos, con días libres y buen sueldo y billete gratis para la Tierra el día en que se decide el regreso. El cebo es apetitoso y ¿quién no pica?

—Tú no picaste, Shadko. Dejando de lado tu personalidad, ¿por qué?

—Sabes muy bien que nunca me gustó sujetarme a un horario fijo. Pero el motivo principal lo conoces demasiado, para que volvamos sobre el mismo tema. Dime, ¿dónde estás?

Sonó una suave risita.

—Mira el cuadro de instrumentos. O, mejor, que lo mire tu acompañante, que ése sí entiende.

Hondo lanzó una mirada a la consola de instrumentos y su cara se puso lívida.

—En la bodega de carga de la «rwadorita» se ha llegado al punto máximo de equilibrio atómico. Antes de un minuto, se producirá una colosal explosión —dijo, aterrado.

Kena lanzó otra carcajada.

— ¡Adiós, estúpidos! Os estoy hablando desde el espacio y me voy a divertir mucho cuando vea que esa nave se convierte en cenizas.

CAPÍTULO XII

Shadko se volvió hacia Hondo.

—Tack, creo que encontramos una solución para deshacernos de la carga —dijo.

Hondo se abalanzó sobre el cuadro de instrumentos. Bajó una palanca con empuñadura roja y, en el acto, se sintió en la nave un ligero estremecimiento. Simultáneamente, con la mano izquierda, tocó un par de teclas.

Helga chilló al sentirse caer de espaldas. Shadko tuvo que agarrarse al respaldo de un sillón, a causa de la brutal aceleración de la nave, disparada hacia adelante a toda velocidad. Reva cayó asimismo, con los pies por alto.

Bruscamente, se oyó una interjección:

—Shadko, ¿qué diablos pasa?

—Ah, todavía estás ahí —contestó él, arrodillado en el suelo—. Pasa, simplemente, que hemos desprendido la bodega de carga. Era algo que pensábamos hacer, de todos modos, con que, imagínate...

—¡No, Shadko, no! —chilló Kena.

Helga había conseguido incorporarse en parte y fijó sus ojos en el rostro del joven.

—Está demasiado cerca —dijo él.

—Cuidado —avisó Hondo—. Faltan muy pocos segundos para la explosión.

—¡Para eso, Shadko! —gritó Kena frenéticamente—. Páralo...

Un nuevo sol se encendió súbitamente en la negrura de la noche espacial. El resplandor resultó intolerable durante algunos segundos. Sin embargo, en aquel breve espacio de tiempo, la astronave había recorrido varios millares de kilómetros, lo que ponía a sus ocupantes fuera de cualquier riesgo.

El chisporroteo duró muy poco. Luego, un punto rojo quedó brillando en el lugar donde se había producido la explosión, aunque resultaba ya invisible para los pasajeros de la astronave.

Shadko se puso en pie.

—Nos hemos librado por los pelos —dijo.

—¿Habrá muerto? —preguntó Helga.

—El radio de acción crítico de esa explosión alcanzaba, cuando menos, a unos dos mil kilómetros. Ella no se había alejado tanto —explicó Hondo—. Además, al separar la sección de carga, no sólo la nave aumentó su velocidad, sino que esa sección fue disparada hacia atrás. A estas horas, Kena Wall no es sino un puñado de cenizas.

—Quizá te veas en un compromiso, cuando lleguemos a la Tierra —supuso Reva.

—Ya saldré adelante, no te preocupes. Tack, ¿todo en orden?

—Sí, ya no hay motivos para sentir preocupación..., excepto por los tripulantes de la nave.

—De eso me encargaré yo —respondió Shadko.

Salió de la cámara y estuvo ausente durante media hora, Al regresar, dijo:

—He convencido al capitán. No colaborará con nosotros, pero, al menos, tampoco intentará atacarnos.

—No te fíes, Shadko —dijo Hondo.

—Vigilaremos todo el tiempo —sonrió el joven.

Más tarde, Helga procuró hallarse a solas con Shadko.

—¿Cuál es el plan? Es decir, si estoy en condiciones de saberlo.

Shadko puso sus manos sobre los esbeltos hombros de la joven.

—El plan es... ¿Quieres casarte conmigo?

—Oh, Shadko, déjate de tonterías...

—¡Caramba, es la primera vez que oigo a una chica llamar tontería a una proposición de matrimonio!

—Cualquiera diría que se lo has propuesto a muchas.

—Claro que no, pero llamar tontería...

—Está bien, sí; pero dime qué piensas hacer cuando lleguemos a la Tierra.

Shadko sonrió maliciosamente.

—No puedes resistir la curiosidad, ¿eh?

—Si no me lo dices, me dará un ataque de histeria.

Shadko soltó una alegre carcajada. Luego habló durante irnos minutos y, al terminar, dijo:

—Bueno, creo que es hora de celebrarlo, preciosa.

—¿Hay champaña a bordo?

Los ojos del joven se elevaron a lo alto.

—Yo me refería a otra cosa. —De pronto, la atrajo hacia sí y buscó sus labios—. Así quiero celebrarlo —dijo, después de un prolongado beso.

Helga suspiró hondamente.

—¡Ya era hora de que hablases claro! —exclamó.

* * *

El grupo de hombres que habían acudido cuando la nave estuvo en órbita alrededor de la Tierra empezó a disolverse, porque se dirigían hacia una de las esclusas de salida. Sólo uno quedó con Shadko.

—Ya conoce el funcionamiento —dijo el experto—. Tiene que actuar con el tiempo medido o el reflector del satélite le convertirá en una brasa.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Quién le recogerá?

—Mi amigo, Tack Hondo. He hablado con él largamente durante el viaje

y está de acuerdo. Pero, dígame, ¿dará resultado?

—Los cálculos se han comprobado como un millar de veces —sonrió el hombre—. Bueno, es una exageración, pero no hemos dejado margen para el error.

—Muy bien, creo que pronto sabremos si podemos ponernos a bailar de alegría o echarnos a llorar.

—Podrá bailar hasta que se caiga —rió el experto—. Suerte, Shadko.

Un cohete auxiliar se despegó de la astronave. Shadko quedó junto a una lucerna, contemplando la partida del vehículo espacial, hasta que lo vio perderse en el espacio, en dirección a aquella bola blanca y azul que era el planeta.

La mano de Helga se apoyó de pronto en su hombro.

—Estás pensativo —observó la muchacha.

—Sí —convino él—. Pienso en las vidas humanas que vamos a salvar, aunque para algunos ya no habrá remedio.

—Alguien tendrá que pagar por esos crímenes, Shadko.

El joven asintió.

—Demasiada ambición, demasiada codicia... ¿Por qué, algunas personas, se convierten en fieras a pesar de su aspecto externo?

—El poder de que disfrutan ahora les parece poco. Querrían el poder absoluto..., que suele corromper absolutamente, se dice, aunque ellos se corrompieron mucho antes.

Los ojos de Shadko se dirigieron hacia el relativamente cercano satélite de energía, cuyo espejo, dirigido hacia la Tierra, despedía un vivísimo resplandor. Más a lo lejos, se veían otros satélites idénticos, formando como una gigantesca red que rodease por completo el planeta.

Hondo llegó en aquel momento.

—Todo listo, Shadko —anunció.

—Está bien, vamos allá.

Shadko se retiró de la lucerna, pero, en el mismo instante, Helga tiró de su manga.

El rostro de Shadko se volvió.

—Querido —dijo ella.

—¿Si?

—Ten mucho cuidado. Vuelve a mí.

—Volveré.

Helga se alzó de puntillas y le besó suavemente en los labios.

—Recuerda que te estoy esperando —musitó.

Shadko se separó al fin de la joven. Hondo le aguardaba junto a una escotilla, sobre la que había un rótulo con una inscripción especial.

—Yo iré detrás de ti, a distancia suficiente —dijo—. Recuerda que todo se ha de realizar con suma precisión. Si tienes éxito, los demás satélites se inutilizarán automáticamente.

—De acuerdo.

Shadko abrió la escotilla, que conducía a uno de los cohetes que, como en los tiempos antiguos, eran llamados botes salvavidas. Cerró la compuerta interior del bote y caminó hasta sentarse en el puesto del piloto.

Comprobó los instrumentos. Luego movió una palanca y el bote se separó del casco de la nave.

Durante unos segundos, tuvo la sensación de que caía hacia la Tierra, Luego, el bote estabilizó su trayectoria y se dirigió a velocidad moderada, hacia el satélite de energía, situado a unos mil kilómetros de distancia.

Una vez tuvo todo en orden, consultó los instrumentos. Antes de diez minutos, la proa del cohete alcanzaría su blanco. Pero él se hallaría ya a distancia suficiente para evitar los efectos de la colisión.

De pronto, cuando se iba a poner en pie, oyó la voz que, en un principio, le pareció la de un fantasma:

—Hola, Shadko. Volvemos a vernos, ¿eh?

* * *

Shadko se quedó absolutamente inmóvil durante unos segundos. Estaba en su pleno juicio, perfectamente sano, de modo que no cabía pensar en una ilusión de sus sentidos.

—Eres dura de pelar, Kena —dijo al fin.

—Muy dura..., pero también muy tierna cuando conviene. Lo que yo sea a partir de ahora depende de ti, querido.

—Y, además, lista. ¿Cómo te salvaste?

Kena rió estrictamente.

—Cuando tú creías que te hablaba desde un cohete, estaba en la nave —explicó—. Es cierto que Fowker y sus guardias murieron en la explosión, porque no calculamos que sabríais reaccionar con tanta rapidez. Sin embargo, el acuerdo que establecimos fue que yo me quedaría en la nave, como polizón, a fin de descubrir vuestro plan por completo.

—Muy inteligente por tu parte. Pero ¿qué piensas hacer ahora?

—Repito que eso depende de ti. La moneda está en el aire y tú puedes hacer que caiga de cara. Si quieres que caiga de cruz... imagínate los resultados.

—Tienes una pistola en la mano —adivinó Shadko.

—En efecto.

—Tal vez no tenga otra salida, Kena.

—La UPEC es más poderosa de lo que crees. Únete siempre a los poderosos y serás alguien en este mundo, Shadko.

—A costa de aplastar a los débiles.

Ella se encogió de hombros.

—Los débiles lo son precisamente porque no tienen imaginación para ser fuertes —contestó cínicamente—. Shadko, ¿por qué no me explicas tu plan de

una vez?

—Claro, mujer, ya no hay inconveniente. Dentro de unos tres minutos, este cohete chocará con el satélite que tenemos frente a nosotros. La explosión, no demasiado potente, sin embargo, desviará el espejo reflector y el haz de rayos energéticos se disparará, durante una décima de segundo, contra otro satélite, cuya carga de «rwadorita» se inflamará en el acto. Pero esa explosión causará la de los satélites inmediatamente más cercanos, los cuales, a su vez, explotarán también... Es como si una red se quemase, aunque el fuego se produjese exclusivamente en los nudos. ¿Lo entiendes ahora?

—Alguien ha hecho muchos cálculos, Shadko —dijo ella con voz tensa.

—Estaban hechos desde hacía muchísimo tiempo. Pero faltaban las pruebas.

—Tú no las presentarás, Shadko. O te pones de mí lado o...

—Voy a abandonar el satélite, Kena.

—Ni lo sueñes. Estás en mis manos. Tu traje está agujereado, ya me encargué yo de ello. La única solución que te queda es desviar el cohete o morir.

Shadko inspiró con fuerza. Luego, lentamente, se puso en pie y giró sobre sus talones.

—Kena, deja la pistola —pidió.

—Desvía el cohete —ordenó ella.

Shadko hizo un gesto negativo.

—Lo siento, no se puede —dijo.

—¿Qué? —gritó ella.

—Los mandos están bloqueados. Se preparó todo para que el cohete actuase automáticamente, una vez se hubiera despegado de la nave. Te guste o no, la colisión se producirá dentro de un minuto, de una forma absolutamente inevitable.

—¡Eso no es cierto! —chilló Kena.

—Hablo absolutamente en serio —dijo Shadko. Y, de súbito, hizo una finta como para moverse hacia la derecha, pero saltó hacia adelante, eludiendo así el disparo de Kena.

Con el hombro izquierdo, al pasar, la golpeó en el costado y la derribó al suelo. Un par de metros más adelante había dos cosas: una pequeña escotilla y lo que parecía una pequeña maleta.

Con la mano derecha agarró el asa de la maleta. La izquierda movió la palanca de apertura de la escotilla, que era de funcionamiento instantáneo.

Kena gritó, a la vez que intentaba levantarse. Cuando lo consiguió, Shadko estaba ya en el interior de la compuerta.

Los segundos eran preciosos. Shadko agarró el asa de la maleta y tiró con fuerza hacia arriba. Luego presionó el mando de apertura de la compuerta exterior.

Instantes después, se hallaba en el espacio, flotando en el interior de una burbuja de salvamento. El bote se alejaba rápidamente.

Kena chilló con desesperación a través de la radio. Shadko contempló ceñudo el vuelo del cohete hacia el satélite.

—¡Shadko, Shadko, vuelve, sálvame...! —gritaba ella.

La voz de Kena llegaba claramente hasta Shadko a través de la radio de emergencia de la burbuja salvavidas. Pero ya no podía hacer nada por aquella mujer que había sacrificado despiadadamente decenas de vidas humanas por la ambición de poder.

El bote llegó a su destino. Hubo un leve chispazo. Luego, se produjo una bola de fuego.

Los chillidos de Kena se apagaron en el acto. Repentinamente, se encendieron más esferas llameantes. Los satélites de «rwadorita» estallaban en cadena.

Durante unos segundos, el espacio pareció arder. Luego, poco a poco, se extinguieron los resplandores y todo recobró su aspecto normal.

Entonces, Shadko oyó una voz amistosa:

—¡Shadko! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes, Tack.

El joven se relajó, medio tumbado en el interior de la burbuja, de paredes un tanto flexibles. Ya no habría monstruos sobre la superficie de la Tierra, pensó. Ya no habría nadie con poder absoluto.

—Tack —llamó de pronto.

—Dime, Shadko.

—Haz el favor de ponerme en contacto con Helga. He tenido que usar la burbuja de salvamento, en lugar del traje espacial, como era lo convenido, pero ya te contaré luego.

—Sí, ahora mismo.

El joven oyó la voz de Helga segundos después.

—Shadko, ¿cómo te encuentras?

—Perfectamente. Aunque tengo una duda.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—¿Adónde iremos en nuestra luna de miel?

Se oyó una risa alegre, fresca, llena de optimismo:

—Shadko, con estar a tu lado, me basta —contestó Helga.

FIN